

MERCENARIOS DEL ESPACIO

CLARK CARRADOS

Mercenarios del espacio

Clark Carrados

Espacio el Mundo Futuro/167

CAPÍTULO PRIMERO

El suelo tembló violentamente. La mesa se estremeció y los vasos entrechocaron. Del techo se desprendieron algunas lascas del revoque, y un cuadro, arrancado de su soporte por el temblor de tierra, cayó al suelo con sonoro estrépito.

Douglas McQueen metió dos dedos en su vaso y quitó un trozo de yeso que le había caído dentro. Luego apuró el contenido de un trago y chasqueó la lengua.

—¡Maldita sea! —gruñó—. ¡Y pensar que tenemos que dejar aquí este excelente vino!

—Mientras no dejes el pellejo... —murmuró lúgubremente otro individuo, sentado a su lado. Éste respondía al nombre de Ahmet Alí y era menudo, cetrino y de ojos y cabellos negros, que delataban de modo inconfundible su ascendencia arábiga.

—De peores hemos salido —exclamó un tercero, rubio casi albino y de pupilas muy azules. Se llamaba Eric Kleber, germano de nacimiento.

—A mí me gustaría saber en qué piensa el capitán —dijo McQueen, observando al interesado.

El interesado no decía nada. En apariencia, estaba muy ocupado en contemplar al trasluz la perfecta transparencia de la copa de vino que tenía en las manos. El vino era de un color rojo purísimo y parecía un colosal rubí de precio incalculable.

—Capitán, aconséjenos —pidió otro de los allí reunidos, un individuo de mediana estatura, pero tan ancho como largo y de una fortaleza descomunal. «Hércules» era su sobrenombre, puesto que nadie sabía el

verdadero, y de apellido se llamaba Lynche. Norteamericano.

El interpelado pareció salir, al fin, del éxtasis en que había caído. Bebió de un golpe la mitad de la copa y luego la depositó sobre la mesa.

—El vino se acaba —dijo.

Lynche batió palmas. Un individuo, muy pálido y con las piernas temblándole visiblemente, acudió a la llamada.

—¿Qué... qué desean? —inquirió, entre dos sonoros temblores de tierra.

—Jufi, tráenos más vino —dijo McQueen.

—Se lo traeré... Luego, yo me marcho. Los merionitas están a punto de entrar en la ciudad. No quiero que me desuellen vivo.

—¿Tienes miedo, eh? —le dijo Alí.

En la calle se oyeron unos gritos aterradores, seguidos del estrépito de metal contra metal. Luego, alguien corrió, en tanto sonaban varios estampidos secos.

—El pánico se ha apoderado de vosotros, tabernero —dijo otro personaje, Simón André.

Jufi asintió, secándose muy nervioso las manos con el delantal.

—Los merionitas no perdonan a nadie —contestó, y se alejó en busca de lo requerido.

Una vez más, el suelo volvió a temblar, ahora con más violencia que nunca.

—Los merionitas usan sus bombas sísmicas que es un contento —rezongó Alí.

—Siempre son mejores que las nucleares. Por lo menos, no dejan contaminada la atmósfera —observó otro individuo, Wolf Arden.

—Lo mismo me da —masculló «Hércules»—. Si la casa me ha de caer encima, poco me importa que luego la atmósfera quede o no contaminada. Capitán, ¿qué hacemos?

El aludido no contestó. Tenía la mirada fija a lo lejos, en un punto

situado muy cerca del suelo.

Era el retrato caído. En él se hallaba reflejada una mujer, de inigualable belleza, morena, ojos claros y cuerpo de diosa, ataviada con galas reales. Ahora el retrato, caído como consecuencia del temblor de tierra, estaba tumbado en el suelo.

Jufi, el tabernero, vino con dos grandes garrafas de vino, una de las cuales depositó sobre la mesa, dejando la otra en el suelo.

—Yo me voy, terrestres —dijo—. Si queréis beber más, la bodega queda abierta. Pero tened en cuenta que los merionitas suelen matar a todo individuo de dos patas, sin preguntarle su nacionalidad. ¡Adiós!

El suelo volvió a temblar. Una estantería se vino abajo por completo, en medio de un horroroso estruendo. A lo lejos, se oyó el fragor de unos muros que se desplomaban.

Gritos de gente que corría alocadamente, penetraron en la desierta taberna, en la que sólo se encontraban los siete terrestres. Éstos se hallaban en el rincón más apartado, por lo cual no podían ver lo que sucedía en la calle.

—Se llevarán nuestro coche —murmuró Kleber secamente.

—No —dijo McQueen—; dejé conectado el campo electromagnético y el que quiera tocarlo, tendrá motivos para arrepentirse.

—Sí, desde luego; y nosotros, si nos quedamos aquí, también tendremos que llorar mucho. Capitán, ¿a qué esperamos?

El interesado, en lugar de contestar, se levantó, irguiendo su cuerpo en toda la longitud de su metro y noventa centímetros de estatura. Era ancho de hombros y escurrido de caderas. Tenía el cabello castaño y los ojos azules, no aparentando más allá de treinta años. De su cintura, al igual que los demás, pendía la enorme funda de un pesado revólver destructor.

Teseo Gabin fue hacia el retrato que estaba en el suelo, y lo tomó en sus manos, regresando con él hasta su sitio, en donde volvió a sentarse de nuevo, coincidiendo su gesto con un nuevo y más violento temblor de tierra.

Después dijo:

—Más vino, por favor.

Arden se apresuró a llenar la copa del capitán Teseo Gabin. Éste la tomó, alzándola.

—Por la más bella y exquisita de las mujeres. ¡Por la reina Mavy!

—¡La reina Mavy! —exclamaron a coro dos o tres de los terrestres.

Teseo apuró su copa de un golpe. Después dejó el retrato en tierra, apoyado en su silla.

Miró a sus hombres de uno en uno.

—La reina Mavy, sí —dijo—. ¿Qué os sugiere ese nombre?

Lynche hizo una mueca.

—Pues que si los merionitas la pescan, se van a divertir un rato con ella.

Teseo movió la cabeza.

—Los merionitas no cogerán nunca a la reina, por la sencilla razón de que ella huirá de Debion, su planeta, en dirección a la Tierra.

Arden soltó una carcajada.

—¡Qué ilusión, capitán! ¡Llegar a la Tierra! ¡El cielo está inundado de naves merionitas!

—Digo que la reina Mavy llegará a la Tierra, porque la llevaremos nosotros, ganándonos así una fortuna.

Una séxtuple exclamación se oyó al terminar el capitán sus palabras. El coro de interjecciones fue ahogado, sin embargo, por una serie de espantosos alaridos que provenían de la calle.

McQueen emitió una sonrisita de conejo.

—Nuestro coche ha hecho cosquillas a alguno —dijo. Luego, frunciendo el ceño, preguntó—: ¿Qué plan es el suyo, capitán?

—Tenemos que irnos de Debion. Los hombres de Merion triunfan; eso es cierto. Nadie lo hubiera creído hace un par de meses, cuando estalló la guerra, pero están a punto de poner el pie en la capital de Debion. Ahora bien, puesto que ya estamos aquí, puesto que nadie nos va a encomendar un flete para nuestro viaje de regreso, ¿por qué no aprovecharlo? Mavy pagará con gusto cuanto le pidamos.

«Hércules» chasqueó la lengua.

—Corremos el riesgo de que ella quiera acogerse a la hospitalidad de Krânt, el rey de Merion. Estaba chiflado por ella, y ahora que la chica se ha quedado viuda...

Teseo Gabin sacudió la cabeza.

—No —dijo con firmeza. Pidió más vino y bebió. Luego prosiguió—: Es demasiado grande el odio que existe entre merionitas y debionitas. Por otra parte, no debemos olvidar que Zyld, el esposo de Mavy, murió en la primera batalla. Aunque Krânt perdonase la vida a Mavy, ésta no querría nunca acogerse a la magnanimidad de su adversario, que yo reputo de dudosa.

»Por otra parte, no olvidemos que Debion pertenece a la Liga de los Planetas Asociados, cuya sede está en el nuestro. Mavy aprovechará la ocasión para ir allí y plantear la papeleta.

»En los últimos tiempos, la Liga se ha mostrado particularmente impasible ante los avances de Krânt. Bien es cierto que éste, más o menos, presentaba unas reivindicaciones planetarias de no muy clara legitimidad, por lo cual la Liga se había abstenido de intervenir, limitándose a enviar unos observadores. Ahora, ya no hay duda: Debion ha sido siempre un planeta soberano y cualquier atentado contra él, es un atentado contra la Liga. O ésta interviene, obligando a todos sus miembros a combatir contra el agresor, o por el contrario, se disgregará, porque ningún gobierno de los que la compone confiará ya en los medios pacíficos que siempre se han pregonado, para resolver posibles diferencias de soberanía interplanetaria.

—Sus argumentos son muy sólidos, capitán. Esperemos que Mavy sepa comprenderlos del mismo modo que nosotros —dijo el árabe.

—¿Y cómo nos pagará? El Tesoro de Debion está exhausto —objetó McQueen quien, como buen escocés, prestaba particular atención a la cuestión pecuniaria.

—Le queda el suyo particular. Joyas, objetos de valor... y una considerable suma depositada en el Trust Terrestre, en Nuevo Washington —dijo Teseo.

André le miró asombrado.

—¿Cómo lo sabe, capitán?

Éste le hizo un guiño.

—Cuando yo emprendo una expedición, primero me informo bien de todo lo que deseo.

—Pues no creo que en el Trust den muchos informes a un capitán mercenario —rezongó Kleber.

—Desde luego que no —sonrió Teseo—. Pero cuando el jefe de Cuentas Corrientes está casado con la hermana de uno, bien se puede esperar del cuñado que sea un poco condescendiente, ¿verdad? Pero esto —añadió Teseo, fingiendo alarma—, no lo comentéis, ¿eh?

Un alud de carcajadas acogió las últimas palabras del capitán, quien, sin aguardar a más, vació su última copa y se puso en pie.

—En marcha, muchachos —dijo—. Revisad bien las pistolas antes de irnos. Es una lástima que las leyes de Debion prohibieran las armas nucleares; podríamos ir más tranquilos que con las que llevamos.

—Tampoco es una tontería un revólver destructor —dijo Alí, revisando el cargador del suyo, con capacidad para treinta proyectiles, cada uno de los cuales, cargado con pólvora de alta expansión, podía convertir en menudos fragmentos a un hombre.

El suelo tembló terriblemente. Todos vacilaron, aprestándose a salir de la desierta taberna.

En el último momento, McQueen volvió adentro. Regresó al instante con la garrafa de vino.

—Esto no se deja así como así —masculló, ocupando su puesto en el coche, cuyo halo electromagnético había sido desconectado por telecomando por el capitán Gabin.

La calle estaba casi completamente desierta. Sucia, llena de vehículos rotos y destrozados, ofrecía un espectáculo dantesco con las docenas de cadáveres que yacían esparcidos por el suelo en macabras posturas. Papeles viejos, restos de muebles, escombros, todo indicaba el tremendo pánico que se había apoderado de la capital de Debion ante el fulgurante avance de las tropas merionitas.

Un cohete ligero, lleno hasta los topes de soldados en fuga, pasó por la calle como una exhalación. De pronto, su piloto, por causas ignoradas, perdió la dirección y se estrelló con descomunal estruendo contra un edificio.

La fuerza de la explosión sacudió violentamente el coche en que se hallaban los siete terrestres. Un chorro de llamas subió a lo alto, carbonizando los cuerpos de los desgraciados ocupantes del cohete.

«Hércules», al volante del vehículo, sacudió la cabeza.

—Están borrachos de miedo —dijo, y pisó el pedal de gas.

El coche servía lo mismo para la tierra que para el aire y se elevó, chillando, en un pronunciado ángulo. Ahora no les convenía rodar; las bombas sísmicas que utilizaban los merionitas para producir terremotos artificiales solían gastar muy malas bromas.

* * *

La reina Mavy estaba en pie, frente a un sarcófago de lujosa apariencia. Dentro del ataúd había un hombre, cuyo rostro, en el cual se advertía la pétrea inmovilidad de la muerte, aparecía con los ojos cerrados, en una noble actitud de infinito reposo, pudiéndose contemplar a través de la ancha mirilla de cristal que había en la parte superior del sarcófago.

Mavy era joven, apenas veinticinco años, muy alta y esbelta. Tenía un cuerpo finamente delineado, pero su figura apenas si podía adivinarse a través de las largas ropas de luto que vestía y que le llegaban hasta el suelo. Como insignia de su dignidad, llevaba tan sólo una estrecha diadema de oro y perlas, que le ceñía estrechamente la despejada frente, bajo la que fulguraban un par de magníficos ojos que parecían hechos de jade.

Estaba sola en la amplia habitación, frente al sarcófago en el cual reposaban los restos de su esposo.

—Juro, amado Zyld —decía, extendida una mano, en solemne actitud —, luchar sin descanso hasta vengarte y vengar también a todos los debionitas que murieron, como tú, víctimas de las insidias del malvado Krânt. No descansaré hasta castigarle…

El suelo de la estancia se estremeció y la joven se tambaleó.

Miró en torno a ella, pasándose la mano por la frente.

Estaba sola.

Unos días antes, el palacio rebosaba de cortesanos y aduladores que se disputaban encarnizadamente el favor de una mirada o una sonrisa

suya. Ahora, todos habían huido, como ratas ante el inminente hundimiento del barco, dejándola sola y abandonada a sus fuerzas.

Sola del todo no. A través de las puertas, le llegaban los chillidos y alaridos de algunas personas, que parecían luchar despiadadamente por algo que ella no podía ver desde el lugar en que se hallaba. Mavy sonrió tristemente.

Eran los cuervos, los buharros que trataban de devorar los últimos restos de sus riquezas, buitres que acudían al olor de la carroña. Soldados, civiles, hombres y mujeres de Debion que, ante la inminencia de la catástrofe, trataban de aprovechar las últimas riquezas que quedaban en el arruinado planeta.

Una puerta se abrió violentamente, y una mujer penetró a través de ella. Era joven y hermosa y vestía unos ajustados pantalones de color gris, además de una blusa de mangas cortas que dejaba al descubierto sus bien torneados brazos.

—¡Majestad! —exclamó la recién llegada.

—¿Que quieres, Heryna? —dijo Mavy.

—Debéis huir. El palacio ha sido invadido por las turbas que lo están saqueando, tratando de aprovecharse de sus riquezas antes de que lo hagan los merionitas. Venid, seguidme.

Mavy sonrió tristemente.

—¡Mi fiel Heryna! De todas cuantas personas estaban a mi servicio, sólo tú has sido la única capaz de quedarte para ayudarme.

—Os aprecio infinito, majestad —contestó la joven, hasta entonces doncella de la servidumbre—. Habéis sido muy buena conmigo y no puedo olvidar los favores que me dispensasteis. Vamos, señora, apresuraos.

—Heryna, ¿te das cuenta de que no tenemos adónde huir? ¿Que estamos rodeadas de salvajes por todas partes, salvajes que no solamente han nacido en Merion, sino en este planeta? No hay ningún vehículo, ningún cohete, ninguna astronave que pueda transportarnos lejos de aquí…

Heryna levantó una bolsa de terciopelo negro que llevaba en la mano.

—Salvé una buena porción de vuestras joyas, Majestad. Ellas nos

servirán para pagar…

La muchacha se interrumpió. Alguien acababa de lanzar un agudo grito.

—¡Aquí está, muchachos! ¡Seguidme!

Mavy y Heryna se volvieron con gesto unánime.

Una docena de hombres, con las ropas sucias y destrozadas, entre las cuales se divisaban algunos uniformes de la ahora desbandada guardia real, penetraron de improviso en la estancia.

Heryna se escondió la bolsa de las joyas a la espalda. Mavy, irguiéndose, avanzó un par de pasos hacia los saqueadores.

—¿Qué queréis? ¿Quién os ha dado permiso para entrar aquí?

El hombre que había hablado anteriormente, un gigantón de casi dos metros de estatura, se acercó lentamente hacia ella, brillándole siniestramente la mirada.

—¿Qué queremos? ¿Es que no te das cuenta de ello, preciosa?

—¡Fuera de aquí! ¡Soy la reina! ¿Te enteras? Fuera de aquí o…

El individuo se echó a reír.

—Baja esos humos, preciosa. Aquí ya no hay ni rey ni Roque ni nadie que mande. Además, no tengas cuidado; no queremos nada de ti que… En fin, ya puedes suponértelo. ¡Las joyas, pronto!

—¿Qué joyas? ¡No tengo ninguna! ¡Además, aunque las tuviera…!

El hombrón se volvió hacia sus compañeros.

—¿Oís, muchachos? Dice que está pobre, que no tiene encima ni un céntimo. ¿Y esa corona? —inquirió con un bramido—. ¿Es de latón, acaso?

Mavy retrocedió un par de pasos, asustada por la fiera mirada del gigante. Éste, sin dejar de sonreír, avanzó hacia ella, alargando su mano.

El bandido avanzó hasta que Mavy fue detenida, en su retroceso, por la pared. Ella se quedó quieta, mirándole fijamente, sin atreverse a hacer el menor gesto.

La mano del forajido tocó la diadema. Entonces, una potente voz dijo:

—¡Retira esa sucia manaza de ahí!

CAPÍTULO II

Al oír la enérgica intimación, todo el mundo se volvió.

Mavy miró hacia la puerta. Un hombre, apoyado por media docena de pistolas destructoras, firmemente empuñadas por seis de sus compañeros, avanzaba hacia ella, con la lenta seguridad del que sabe va a triunfar en el empeño.

—Apártate de la reina, salvaje —intimó otra vez el capitán Teseo Gabin.

El forajido lanzó una exclamación de ira. Su rostro se congestionó y cerró los puños, disponiéndose al ataque.

—¿Quién eres tú? —preguntó, ciego de ira.

—No te importa quién soy, ladrón —contestó fríamente el joven.

De pronto, uno de los saqueadores se destacó del grupo, arrojándose sobre Teseo. Éste retrocedió un paso, al mismo tiempo que ladeaba ligeramente el cuerpo. Luego disparó su puño derecho.

Una mandíbula crujió sonoramente. El individuo se desplomó como una masa inerte.

El pulgar del gigante señaló hacia Mavy.

—No te excites, compañero. Esa diadema vale una fortuna... y tú y yo podemos repartírnosla. La chica nos la dará sin rechistar, ¿verdad, tú?

—Fuera de ahí —dijo Teseo en voz baja—. Fuera de ahí o te sacaré las tripas al sol.

El gigante rechinó los dientes.

—Muy bien, compañero. Si lo quieres así...

Y sin mediar una palabra más, se arrojó sobre Teseo.

El joven esperó la acometida a pie firme. Cuando el forajido estuvo a su alcance, se inclinó.

Los puños del saqueador pasaron por encima de su cabeza. Teseo, sin dar lugar a que se repusiera, le asió por la cintura, levantándole con toda facilidad a toda la altura que daban de sí sus musculosos brazos.

Después giró en redondo. Mientras el gigante pateaba y chillaba desaforadamente, inerme, sin poder respaldar, Teseo tomó impulso. Luego lo arrojó con todas sus fuerzas contra el grupo de asaltantes, cuyos componentes, en su gran mayoría, cayeron derribados por el suelo, como fichas de dominó.

Los terrestres rieron jubilosamente, sin parar mientes en los casi continuos temblores que sacudían el edificio. Los ladrones se levantaron, avergonzados y corridos, apartándose del gigante quien, aturdido por la caída, emitía continuamente toda clase de imprecaciones y juramentos.

Teseo se dirigió a sus compañeros.

—¡Echadlos fuera! —dijo lacónicamente, y los terrestres, sin ningún miramiento, empezaron a utilizar los largos cañones de sus pistolas.

El grupo de ladrones se disolvió como por arte de magia. «Hércules» y McQueen se inclinaron sobre el gigante y lo sacaron a rastras. Después, a puntapiés, le obligaron a levantarse y, renqueando, echar a correr.

Cuando la situación se hubo despejado, Teseo se acercó a la reina. Se llevó la mano derecha al pecho y se inclinó profundamente.

—Capitán Teseo Gabin, comandante de la nave «Cesárea», de la Tierra, a vuestro incondicional servicio, majestad.

Los hombres de Teseo guardaban la puerta, mientras su capitán y la reina hablaban. Mavy dijo:

—Le estoy muy agradecida por su oportuna intervención, capitán. Veo que todavía quedan personas amables y desinteresadas en este mundo desquiciado que se hunde por momentos.

—Unas palabras muy gratas de oír, señora, pero que, desgraciadamente, no son ciertas del todo. Mi presencia aquí no es tan desinteresada como pudiera suponerse.

El palacio se estremeció y unos vidrios saltaron musicalmente.

Mavy miró con ojos muy sorprendidos al joven.

—No le entiendo, capitán. ¿Qué es lo que ha querido decir usted?

—Majestad, vuestra vida aquí corre peligro. Los hombres de Krânt no son de fiar y mucho menos su jefe, por supuesto. He venido aquí para ofreceros mi nave y mis servicios, para llevaros sana y salva a la Tierra.

—¿A la Tierra? —repitió ella, estupefacta.

—Así es, majestad. En ella estaréis a salvo y, además, podréis presentar vuestra querella contra Krânt ante la Liga.

—¡La Liga! —dijo ella despectivamente—. ¿Quiere usted decirme, capitán, de qué sirve esa asociación? ¿Ha podido evitar que los merionitas avancen, asolando y destruyendo todo cuanto encuentran a su paso, lo mismo bienes materiales que vidas humanas?

—No es cuenta mía, señora —dijo Teseo, encogiéndose de hombros—. Yo lo único que pretendo es sugeriros la conveniencia de salvar vuestra vida. Esto es lo primordial; lo demás, recobrar vuestro reino y vuestra hacienda, se os dará por añadidura.

—¿Creéis a Krânt incapaz de respetar mi vida, capitán?

Teseo hizo un gesto vago.

—El asesinato político es una cosa que a la larga suele tener justificación, señora. Y más, si como en el caso de Krânt, tiene como recompensa un reino tan rico como el vuestro, pese a que, momentáneamente, reinen en él la destrucción y el desorden.

Ella frunció el ceño.

—Dais por supuesto mi asentimiento, capitán.

—No os queda otra disyuntiva, señora. Tengo mi nave en el astropuerto y el coche a la entrada de palacio. En pocos minutos podemos ganar la «Cesárea» y huir de este planeta a punto de sucumbir.

—¿Que dirán mis súbditos si ven que su reina les abandona?

Teseo se echó a reír.

—Ya habéis visto de qué son capaces vuestros súbditos, señora. Vamos, decidid; el tiempo pasa y cada segundo que perdemos es inapreciable.

Mavy se mordió los labios.

—Supongo que no hacéis esto solamente por aprecio a mi persona.

—Por supuesto que no —rió alegremente el joven—. Soy digamos un mercenario del espacio, que se gana la vida como puede. Y salvar la vuestra siempre puede valer algunos centenares de miles de «garants» como recompensa, ¿no?

—Creía que lo hacíais desinteresadamente —dijo ella con desprecio.

—Cuando el embajador de la Liga en Debion huye apresuradamente, sin asomar siquiera la nariz para ver qué puede hacer por vos, ¿cuál ha de ser la norma de conducta de un simple capitán de astronave, cuya única fortuna consiste en ésta, precisamente?

—Está bien —dijo ella—; veo que no me queda otro remedio que aceptar. Medio millón de «garants» si conseguís llevarme sana y salva a la Tierra.

Teseo sacudió la cabeza.

—Perdón, majestad. Un millón.

Ella dio un paso atrás.

—Capitán, usted está loco.

El joven levantó los hombros.

—Posiblemente, porque todavía estoy aquí, en lugar de haberme largado una vez fue iniciado el conflicto. Pero vos podéis pagar ese millón y diez más que se os pidieran, si fuera preciso.

—Le creía un hombre honrado, pero veo que no es más que un forajido, cuya única diferencia con los que han asaltado el palacio son los buenos modales, capitán —dijo ella ácidamente.

—Tomadlo como queráis, señora; pero estimo, con toda sinceridad, que no tenéis otra opción. ¿Un millón?

El esbelto seno de Mavy se dilató un instante.

Luego dijo:

—¡Sea! —agregando inmediatamente—. Pero con una condición.

Teseo enarcó una ceja.

—¿De qué se trata?

Ella señaló el cercano ataúd.

—Quiero llevarme conmigo el cadáver embalsamado de mi esposo, el príncipe Zyld.

Teseo respingó. Luego, sumamente desconcertado, miró a sus compañeros.

—¿Hemos de llevar el sarcófago con nosotros? —dijo, volviendo su vista hacia ella.

Mavy movió afirmativamente la cabeza.

—Y, además, a mi doncella Heryna.

—Bueno, no me importa que venga la chica con nosotros; hay espacio de sobra en la nave. Pero ese ataúd...

—¡Cóbrele el sobreporte de carne en conserva! —rió Kleber, y los otros le acompañaron en sus carcajadas.

Mavy miró furiosamente a los terrestres. Por su parte, Teseo, soltó un gruñido.

—¡Callad, imbéciles!

—Capitán, decida pronto —le urgió Mavy.

Teseo se mordió el labio. No era supersticioso en modo alguno, pero...

Se encogió de hombros.

—Está bien. En el millón de «garants» incluiremos los tres; los dos vivos y el muerto. Creo que podemos partir ya de aquí cuando queráis, majestad.

Ella dio dos o tres pasos hacia adelante. Luego miró a los hombres de Teseo.

—¿Quiénes de ustedes se van a encargar de llevar el féretro?

Hubo vacilaciones y dudas. Al fin, el propio capitán se encargó de resolver el asunto.

—McQueen, André, Kleber, Arden —dijo, y los interesados, sin replicar siquiera, tomaron las asas que tenía el ataúd a los costados, por parejas, y lo levantaron del suelo.

McQueen lanzó un gruñido.

—¡Diablos, sí que pesa esto! —rezongó, pero siguió caminando, al igual que los otros.

—«Hércules», tú te encargarás de la vanguardia —ordenó el joven—, y tú, Alí, nos cubrirás las espaldas. Recordad bien esto: disparad primero y preguntad después. ¡Andando!

Salieron de la estancia, vacilando todos a causa de un nuevo y violentísimo temblor de tierra que sacudió el palacio hasta los cimientos. Pero los cuatro porteadores del ataúd eran fuertes y pudieron emprender una especie de trotecillo que les llevó enseguida al patio delantero del palacio.

Allí, fuera del colosal edificio, se veían por todas partes signos indudables del desorden y la anarquía que reinaban en el planeta. Los soldados de la guardia, embriagados muchos de ellos con el fuerte vino debionita, mezclados con bastantes civiles, se entretenían en hacer recuento de los objetos de que se habían apoderado en el destructor saqueo que habían hecho en el palacio. Lujosos muebles, telas costosas, magníficos objetos de arte, todo estaba sujeto a un escandaloso cambalache, en el que sólo unos pocos llevaban la mejor parte.

También había algunas mujeres acompañando a los hombres en el saqueo. Tanto unos como otras no tenían nada que perder con la llegada de los merionitas y querían sacar el mayor provecho de la situación, antes de entrar en una nueva era cuyo futuro era harto imprevisible.

La pequeña procesión atravesó casi a la carrera el gran patio. Por unos momentos, Teseo pensó que iban a pasar desapercibidos, pero muy pronto fue sacado de su error por una pareja de individuos, completamente embriagados, que se les cruzaron en su camino.

Uno de ellos gritó:

—¡Eh! ¡Alto ahí, vosotros!

«Hércules» se detuvo, lanzando una mirada a su capitán. Éste le hizo un signo de inteligencia.

—Dejad paso —dijo el terrestre—. No queremos molestar ni que nos molesten.

—Por supuesto que no —dijo uno de los saqueadores—. Nadie os molestará si nos entregáis ese sarcófago.

Mavy lanzó un ahogado gemido. Quiso protestar, decir algo, pero la mano de Teseo fue más rápida y la retuvo junto a él, asiéndola fuertemente por el brazo.

—Os ruego que nos dejéis pasar —dijo «Hércules» en tono conciliador —. Nadie quiere meterse con vosotros y…

—¡Eh! ¡Muchachos, venid aquí! —gritó el individuo, atrayendo la atención de un grupo de asaltantes, los cuales abandonaron al instante su labor para acercarse a los terrestres en actitud nada pacífica—. ¡Mirad esto! ¡Quieren llevárselo… sin darnos parte de ello!

Un coro de protestas acogió las palabras del forajido.

—¡Que lo dejen aquí! —chilló uno de ellos.

—¡A reparto, a reparto! —vociferó otro.

Teseo frunció el ceño.

—¡Apartaos y dejadnos pasar! —pidió.

El hombre que había hablado primero avanzó un par de pasos.

—No. Queremos… —y de repente, sus ojos se dilataron—. ¡Pero si es la reina en persona!

—¡Mavy! —gritaron algunos.

La joven decidió que ya era suficiente.

—Sí —dijo adelantándose un par de pasos, antes de que Teseo pudiera impedirlo—. Soy Mavy, vuestra reina, y el cadáver que va en el sarcófago es el de mi esposo, el príncipe Zyld. Os ruego me dejéis pasar y respetéis mi dolor.

Por unos momentos, pareció que la súplica iba a hacer efecto en el individuo, pero en el corazón de éste pronto se sobrepuso la codicia.

—A tu esposo no le hacen falta ninguna esos adornos de oro puro. ¿Para qué los quiere él? ¡Dámelos y te dejaremos pasar!

Ella retrocedió un paso. Teseo, entonces, decidió tomar la iniciativa.

Se acercó al hombre y, con toda deliberación, de modo absolutamente inesperado, le golpeó en el rostro.

El forajido lanzó un aullido de dolor y cólera. Al golpe siguió un coro de enfurecidas voces.

—«Hércules» —gritó el capitán—, ábrenos paso como sea.

Lynche no se hizo de rogar.

Sacó la pistola y apretó el gatillo tres o cuatro veces, en rápida sucesión, sin poner mucho cuidado en la puntería.

Feroces alaridos de dolor sucedieron a las explosiones cuando los cuerpos volaron en pedazos, destrozados por la terrible potencia de la carga de los proyectiles. La multitud huyó, desparramándose en todas direcciones, y aquel momento fue aprovechado por Teseo y los suyos para reanudar su marcha, ahora a toda carrera, en dirección al amplio coche que les esperaba fuera del murado recinto del palacio.

A corta distancia del enorme vehículo, Teseo divisó tres o cuatro cuerpos carbonizados, tendidos en el suelo. Frunció el ceño, en tanto miraba a McQueen.

—Jefe —dijo éste a guisa de explicación—, sobrecargué la coraza electromagnética, porque en las actuales circunstancias era muy posible que nos dejaran sin coche.

—Está bien —murmuró el joven—. ¿Podemos pasar ya?

McQueen asintió. Manipuló el control remoto que llevaba pendiente de su cinturón y la coraza electromagnética fue disipada instantáneamente, permitiendo el acceso al coche.

Los cuatro terrestres que habían transportado el sarcófago, se ocuparon de acomodarlo en la parte posterior del coche, en tanto que Teseo situaba a las mujeres en la anterior, junto al conductor.

Estaban a punto de terminar el embarque cuando, de pronto, se oyó

una serie de salvajes alaridos. Teseo volvió la cabeza.

Un pelotón de ululantes individuos, armados con toda clase de armas, se dirigía hacia ellos, con intenciones fáciles de prever. Teseo lanzó un grito.

—¡Rápido, todo el mundo arriba!

Los terrestres se apretujaron en su ansia de meterse dentro del coche. Mientras, Teseo y Alí quedaron junto a éste, codo con codo, empuñando firmemente sus pistolas.

Los dos hombres hicieron fuego casi al unísono. Una oleada de estruendosas detonaciones se expandió por el ambiente.

Fragmentos de cuerpos humanos volaron en todas direcciones, arrancados a sus anatomías por la violencia de las explosiones. El suelo se manchó de rojo, mientras la tierra temblaba.

Sorprendidos un instante por la violencia del contraataque, los saqueadores vacilaron. Pero uno de ellos levantó su brazo armado con una larga azagaya y la lanzó con todas sus fuerzas.

Su gesto coincidió con el de Alí, que en aquel preciso instante apretaba el gatillo. El individuo voló literalmente en pedazos, pero la azagaya traspasó de parte a parte el endeble cuerpo del terrestre.

Alí lanzó un angustioso grito, desplomándose al suelo en medio de espantosas convulsiones, al mismo tiempo que asía con espasmódico gesto el astil del venablo, con intención de arrancárselo.

Teseo barrió el espacio frontero con una nueva descarga. Los gritos de dolor se redoblaron.

Luego se inclinó sobre el caído, cuyo rostro estaba ceniciento. Una rosada espumilla había aparecido en los exangües labios del árabe.

Alí quiso hacer una mueca parecida a una sonrisa. Pero un ramalazo de dolor retorció su cuerpo.

—¡Capitán! —gritó Kleber—. Véngase; el desgraciado está ya muerto.

Teseo se puso en pie, contemplando el retorcido cuerpo de Alí cuyo aliento era cada vez más tenue. Comprendió las razones de su subordinado y saltó hacia el coche.

Apenas se había levantado éste del suelo, cuando una nueva y terrible

sacudida, infinitamente superior a las demás, agitó de modo terrorífico la superficie. Largas grietas se abrieron en el pavimento, en tanto que los muros circundantes empezaban a desgajarse con sonoro estrépito.

El coche se elevó en el aire, impulsado por sus potentes reactores. De pronto, André lanzó un agudo grito.

—¡Capitán, mire!

Todo el mundo siguió con la vista la dirección que indicaba André. A lo lejos, por encima de los techos de las casas, que se desplomaban con horrísono fragor, subía rapidísimamente una gigantesca columna de tierra y polvo, en forma casi completamente cilíndrica, de una anchura de medio kilómetro cuando menos.

—Los merionitas han desencadenado el ataque final —comentó Teseo.

Y mientras el suelo se abría bajo sus pies y la capital se hundía, fragorosamente sacudida por los espantosos efectos de las bombas sísmicas, el coche se encaminó raudamente hacia el astropuerto.

CAPÍTULO III

Arden comentó lúgubremente:

—Ya hemos perdido a uno de los nuestros, y todavía no nos hemos situado en órbita.

—Cierra el pico —masculló Kleber—. Las lamentaciones de nada sirven. Ahora lo que interesa es salir de aquí cuanto antes.

El astropuerto de la capital estaba absolutamente desierto. Todas sus edificaciones yacían en ruinas y numerosas grietas, causadas por los terremotos artificialmente provocados, hendían su pavimento de uno a otro extremo.

Solamente había allí una nave: la «Cesárea», suspendida a pocos metros del suelo, merced a su mecanismo antigravitatorio. La escotilla principal estaba abierta y de ella pendían las eslingas que iban izando lentamente el coche auxiliar.

En su viaje a la capital, Teseo había dejado allí dos tripulantes de guardia: Héctor Buriz y Frank O'Try, los cuales no acababan de salir de su asombro al ver el extraño cargamento que su capitán se había procurado para el viaje de regreso a la Tierra. Mas, como el resto de la dotación, eran disciplinados y apreciaban al joven, de modo que, prudentemente, se abstuvieron de hacer comentario alguno sobre el tema.

Pronto estuvo todo listo. Buriz y O'Try relataron, mientras acababan de disponer el despegue, los esfuerzos que habían tenido que realizar para impedir el asalto de la nave por parte de los enfurecidos debionitas. Los cadáveres que esmaltaban el suelo eran buena prueba de sus palabras.

Mas que nunca lamentó Teseo verse metido en tal cúmulo de circunstancias. El joven era alegre y comunicativo por naturaleza y aunque carecía de miedo en absoluto, se sentía notablemente inclinado a la vida pacífica y carente de aventuras, salvo las estrictamente derivadas de su profesión, que, por la misma rutina, habían dejado de serlo. Tomar una carga aquí y dejarla allá, era cosa que ya carecía de importancia, salvo la casi continua variación de paisajes en su vida de constante deambular por los sistemas planetarios.

Pero ahora, quizá contra su propia voluntad, se había metido en un lío -él así lo pensaba- del cual le iba a ser muy difícil salir. Lo primero que tendrían que hacer era abandonar la atmósfera de Debion. Pero estaban las naves de vigilancia del rey Krânt. Y la suya iba apenas armada, en comparación con los poderosos cañones y proyectiles de que disponían los aparatos merionitas.

Sin embargo, ya no se podía hacer nada. Había dado su palabra y debía cumplirla, aparte de que, de salirle las cosas bien, como confiaba, obtendría para sí y sus tripulantes una sustanciosa recompensa. Había ganado mucho dinero con sus viajes mercantiles por el espacio, pero éste le iba a dejar un beneficio igual, si no superior, al de todos los anteriores considerados en conjunto.

Listo todo ya, izado a bordo el coche que les había transportado hasta allí, dio orden de despegar. McQueen era su Segundo y primer piloto y a éste le competía la maniobra, en tanto que él vigilaba el conjunto de las operaciones.

La «Cesárea» empezó a ascender lentamente al principio, más rápidamente después. Aun así, su velocidad era todavía reducida, para

evitar los efectos de una brusca aceleración. Claro está que podían utilizar el dispositivo antiaceleración, pero a Teseo le gustaba economizar energía en cuanto le era posible.

A medida que la nave ganaba altura, el horizonte visible se iba ensanchando, mientras que el tamaño de las cosas disminuía apreciablemente. Dos o tres grietas más se abrieron bruscamente en el suelo, recorriendo todo el ámbito del astropuerto, de extremo a extremo.

Armado de unos potentes binóculos, Teseo contempló la ruina de la capital, derrumbándose todos sus edificios por los efectos de las poderosas bombas sísmicas. Una espesa polvareda cubría el horizonte, allí donde estaba la ciudad y el joven no dudó que la mortandad entre los debionitas debía de ser espantosa.

Poco a poco, el aparato fue ganando altura. Bruscamente, un sordo zumbido llegó a sus oídos, pese a la protección del casco del aparato.

Instintivamente, inclinó el cuerpo hacia afuera. Apenas lo había hecho lanzó un agudo grito.

—¡McQueen! ¡Vira, pronto!

Una enorme columna de humo y polvo subía rapidísimamente a lo alto, con vertiginosa velocidad. Su forma era casi absolutamente cilíndrica y su diámetro pasaba ampliamente del medio kilómetro.

La muerte rugía en el seno de aquel infierno de tierra y gases. La bomba sísmica había estallado debajo de ellos, provocando una terrible sacudida en el suelo, al mismo tiempo que lanzaba a lo alto una serie incalculable de metros cúbicos de gases y tierra. El bramador torbellino rozó la nave, empujándola fuertemente a un lado.

No sujeto por ninguna correa, Teseo rodó por el suelo aparatosamente, lastimándose con los salientes de la cabina. La nave osciló alarmantemente de un lado para otro, pese a los esfuerzos de su piloto para sacarla de aquel vórtice de muerte y destrucción.

Escaparon a la ruina por milagro. De haber quedado la nave en el centro de la columna provocada por el estallido, hubiera ardido instantáneamente, no porque los gases estuvieran demasiado calientes, sino porque, subiendo éstos y la tierra pulverizada a tan grandísima velocidad, solamente el roce con la estructura hubiera bastado para provocar la fusión del metal. Y en tal caso, su fin hubiera sido fácil de prever.

Pero aún quedaban más peligros. Uno de ellos, la succión provocada por el estallido de la bomba, una succión en sentido inverso, puesto que causaba un vacío en la atmósfera hacia arriba. La «Cesárea» fue engullida por uno de los numerosos remolinos de aire, que giraban a fantásticas velocidades, como mil tifones producidos a la vez, y durante unos minutos se bamboleó de un modo alarmante, perdido momentáneamente el gobierno.

Afortunadamente, McQueen era un hábil piloto y poniendo en juego todos sus recursos, consiguió sacarla de aquel atolladero, impulsándola hacia arriba y oblicuamente, por medio de sus reactores laterales. Los chorros se pusieron al rojo vivo, pero la «Cesárea», al fin, consiguió ganar zonas más pacíficas.

Sin embargo, Teseo no estaba del todo tranquilo. Dominando los dolores que le habían causado los golpes recibidos, se puso en pie. Luego se sentó junto a McQueen, amarrándose fuertemente.

El piloto le miró haciendo una mueca.

—Un mal trago, ¿eh, capitán?

—Todavía nos quedan peores, Mac.

Éste frunció el ceño.

—¿A qué se refiere?

—Las bombas sísmicas no nacen en el suelo. Las tiran desde arriba, ¿sabes?

—¿Eh… quiere decir…?

—Pásame los mandos, Mac. Sí, eso justamente quiero decir —repuso el joven, haciéndose cargo del gobierno de la nave. Luego movió una palanquita y al momento surgió un micrófono del tablero de control —. ¡A todos los tripulantes de la «Cesárea»! Sujétense bien en sus sitios. Kleber, ocúpese de que su majestad y la doncella queden bien amarradas. Los artilleros, a sus puestos. O'Try, ocupa el lugar de Alí. Todos dispuestos para rechazar un ataque enemigo.

Una lamparita roja titiló en el tablero. Teseo movió un control.

La voz de Mavy llegó hasta él.

—¿Qué ocurre, capitán? ¿Por qué ha ordenado zafarrancho? —

preguntó la reina.

—Hemos estado a punto de ser destrozados por la explosión de una bomba sísmica, majestad. Antes de un minuto tendremos sobre nosotros una nave merionita. ¡Y ojalá fuera una sola! —Cortó la comunicación y se dirigió a McQueen—. Tú, vigila los radares.

Luego levantó la voz:

—A todos los tripulantes de la «Cesárea». Nos preparamos para abandonar Debion a alta velocidad. Tomen las precauciones consiguientes. Corto.

Cerró el micrófono y se abstrajo en la conducción de la nave.

Dejando tras sí una estela de agudísimos silbidos, la «Cesárea» hendió la atmósfera debionita, ascendiendo vertiginosamente. Un minuto más tarde, al haber superado la barrera sónica, los ruidos cesaron.

Pronto se oscureció el cielo, lo que probó que la nave había salido al espacio exterior. Los ojos de Teseo estaban clavados en el velocímetro, cuya aguja avanzaba lenta pero continuamente, sin dejar de marcar cada vez un número superior.

Cinco minutos pasaron apenas. Volaban ya a unos cincuenta mil kilómetros a la hora, acelerando incesantemente, cuando, de pronto, McQueen lanzó un grito.

—¡Contacto radar!

—¡Marcación! —pidió el joven.

—Dos objetos en punto siete nueve cero tres, capitán.

Teseo movió una mano, formulando la pregunta a la calculadora. Ésta le dio bien pronto la respuesta.

Una vez más requirió los servicios del micrófono.

—Artilleros, dos objetos en rumbo siete nueve cero tres. Estén preparados. No disparen hasta que yo dé la orden.

La «Cesárea» era una nave eminentemente comercial, pero todas las de su tipo estaban autorizadas para llevar algún armamento con el fin de defenderse de posibles incursiones corsarias. No obstante, el joven sabía que sus armas no podían compararse con las de una nave de guerra, construida expresamente para tal fin y temía su destrucción en

caso de ataque. Sin embargo, confiaba en las dotes de maniobrabilidad de la nave y aun en su misma velocidad para poder escapar al acecho de las astronaves merionitas.

La velocidad continuó en aumento. Pero pronto hubo de sufrir Teseo un gran desencanto.

—Capitán, la distancia se acorta.

—¿A cuántos kilómetros estamos ahora?

—A sesenta mil.

Teseo meditó unos segundos. Luego dijo:

—No hay duda: se trata de dos naves especialmente enviadas en nuestra persecución.

—¿Por qué no da un salto subespacial, capitán?

El joven sacudió la cabeza.

—No quiero arriesgarme a un consumo excesivo de energía llevando una velocidad ínfima. Ya sabes que las mejores condiciones para ello son cuando se alcanzan los trescientos mil al segundo. Y nosotros andamos todavía por los setenta mil a la hora, conque...

Teseo movió el mando aceleratorio. La nave pareció dar un salto hacia adelante y en pocos momentos alcanzó los noventa mil kilómetros a la hora.

—Las naves merionitas nos siguen, capitán. Ahora están sólo a cincuenta —anunció sombríamente McQueen.

El joven ahogó una maldición. No sabía por qué, pero presentía que aquellas naves conocían la existencia de Mavy a bordo de la suya y querían a toda costa atrapar a la reina. Y si tal cosa sucedía, lo de menos sería la pérdida de la recompensa ofrecida por Mavy. Cuando se pierde el pellejo, pensó, poco importa perder un «garant» o un millón de ellos. Seguramente, después de su muerte y subsiguiente destrucción de la «Cesárea», la Liga reclamaría ante Krânt, pero a Teseo entonces ya no le interesarían las cosas de este mundo.

La aguja indicadora subió al ciento diez horario. Debion era ya apenas un disco plateado en el espacio, inferior en diámetro aparente a la Luna terrestre. Pero sus dos perseguidores continuaban tras él con

tenacidad, sin soltar su presa, disminuyendo más y más la distancia a cada segundo que transcurría.

Teseo se sintió empapado en sudor. Podía, en efecto, ejecutar un salto subespacial mediante el mando espaciotemporal, que le llevaría, en poquísimos segundos, a una distancia descomunal, decenas de años luz; pero ello, efectuado a baja velocidad, llevaría consigo un enorme gasto de energía que en las circunstancias en que se encontraba no podía afrontar. Con toda seguridad, las naves de Krânt también tenían aquel dispositivo y apenas vieran que había desaparecido la «Cesárea» se zambullirían tras ella en el subespacio. No, tenía que afrontarlas y luchar, corriendo los riesgos inherentes a ello.

—Conecta el telescopio, Mac —ordenó.

Una pantalla se iluminó frente a ellos. Teseo levantó la vista del velocímetro, cuya aguja había rebasado ya los ciento veinticinco y la fijó en el cuadro de cristal deslustrado.

El corazón se le encogió al presenciar el formidable aspecto de las naves merionitas. Éstas no eran en forma discoidal, como la suya, sino ahusadas, como sendos cigarros puros, de colosal tamaño, posiblemente superior a los doscientos metros, y erizadas de bocas de fuego, uno solo de cuyos disparos bastaba para reducir a la «Cesárea» a algo menos que polvo.

La nave se estremecía ligeramente al ser requeridas sus máquinas para un esfuerzo supremo. Ahora no se trataba tanto de salvar a la reina como de su propia vida y de la de sus tripulantes. Los merionitas no solían andarse con muchas cortesías cuando de conseguir algo se trataba y si uno era su enemigo, poco importaba fuese de la Tierra como de cualquier otro planeta.

La distancia disminuyó.

—Están a treinta mil —anunció McQueen.

El velocímetro indicaba ciento cincuenta mil kilómetros a la hora.

Teseo pensó furiosamente. La «Cesárea» tenía a bordo dos docenas de torpedos, armas que podían destrozar cualquier nave similar, pero que apenas si causarían efectos en aquellos cruceros de tan enorme tamaño. Tendría que concentrar todos los torpedos en un solo punto para lograr algo, y aun así siempre quedaría la otra nave para continuar la persecución.

—¿Capitán?

Teseo volvió la vista hacia su piloto. Éste le miraba inquieto, esperando una resolución.

—Ya están a veinte mil.

Teseo asintió. A los diez mil kilómetros podrían considerarse a tiro. Si no hacía algo en aquel instante, podía darse ya por perdido.

Se inclinó sobre el micrófono.

—A todos los artilleros: desconecten sus mandos individuales y pásenlos a la cámara central.

—¿Qué piensa nacer, capitán?

—Lo vas a ver ahora mismo, Mac —dijo el joven.

Delante de él, cuatro lucecitas verdes se encendieron casi simultáneamente, indicando que tenía en sus manos el control de todos los torpedos. Maniobró en unos botones que tenía al lado y luego esperó.

Su vista se clavó en la pantalla del telescopio que tenía frente a él. El tamaño de las naves merionitas había aumentado casi al doble.

McQueen anunció:

—Quince mil, capitán.

Teseo lanzó una orden.

—¡Todo el mundo preparado para virada a alta velocidad!

—¡Capitán, está loco! —gritó McQueen.

Pero el joven no hizo caso alguno de la imprecación de su segundo. Éste había comprendido las intenciones de Teseo y el solo pensarlo le hacía erizarse todos los cabellos.

En el negro espacio, la «Cesárea» describió un gigantesco círculo de varios millares de kilómetros de radio, virando en redondo. Se elevó sobre sí misma con relación a la órbita que llevaba anteriormente y luego perdió altura, acelerando brutalmente a medida que descendía.

Enfiló la trayectoria de las naves enemigas a más de doscientos mil

kilómetros a la hora. Estaba positivamente seguro de que su maniobra las había cogido desprevenidas. Una nave de más de doscientos metros de largo, con varios centenares de individuos como tripulación, no podía virar en un radio tan relativamente reducido como el suyo. Arrastradas tanto por su fantástica velocidad como por su inmensa mole, las dos naves tenían que volar todavía unas cuantas docenas de millares de kilómetros antes de empezar a desviarse tan sólo quince o veinte de su órbita.

La «Cesárea» cayó como un rayo sobre las astronaves merionitas.

Fijos los ojos en la pantalla del telescopio, Teseo las vio agrandarse rapidísimamente.

—Tratan de separarse —gritó McQueen, atento al radar.

—No les daré tiempo —dijo el joven, concentrado en la maniobra.

La «Cesárea» rebasaba ya ampliamente los doscientos mil a la hora. La distancia disminuía a marchas forzadas.

—¡Nos están disparando! —gritó de pronto el piloto.

Teseo no contestó; ya lo había observado en su pantalla.

Mas también sabía que, en la forma en que se acercaba a las naves merionitas, aquellos proyectiles no podían alcanzarle; cruzarían por encima.

Unas cuantas chispas que eran los trazos luminosos de los torpedos enemigos pasaron como sendos relámpagos ante sus ojos. En el mismo instante, Teseo soltó todos sus torpedos, disparándolos en dos haces.

Los delicados instrumentos electrónicos habían graduado todos los mecanismos, tanto el de disparo como de las cabezas-guía de los proyectiles. Veinticuatro tubos de acero, de dos metros de grueso por diez de largo, partieron raudamente, a una velocidad ligeramente inferior a la de la luz, encaminándose en dos grupos hacia sus objetivos.

El cielo se incendió súbitamente con un fenomenal chisporroteo. Por encima de sus cabezas, una larga serie de volcanes pareció encenderse, despidiendo concentrados haces de rayos multicolores en todos los sentidos. Fue un espectáculo maravilloso, pero que duró escasamente una docena de segundos.

Cuando la oscuridad se restableció, McQueen lanzó un aullido de júbilo:

—¡Han desaparecido, capitán! ¡Les dio de lleno!

Teseo sonrió imperceptiblemente, pasándose la manga de la camisa por la sudorosa frente. Luego, sin efectuar el menor comentario, como si no oyera los alegres alaridos con que la tripulación saludaba su triunfo, continuó acelerando.

Unos minutos más tarde, la «Cesárea» se sumergía en la total negrura del subespacio.

CAPÍTULO IV

Con los nudillos Teseo golpeó la puerta que tenía frente a sí y aguardó a que la abrieran.

Cuando esto sucedió, Heryna, la doncella de Mavy, apareció ante sus ojos. La muchacha le miró especulativamente.

—Deseo ver a su majestad.

—Dile que pase, Heryna —oyó Teseo la voz de Mavy.

La doncella se echó a un lado. Teseo franqueó el umbral.

Mavy estaba sentada en una silla, junto a una amplia ventana desde la cual se veía el espléndido panorama circundante. Vestía todavía las mismas ropas con que saliera de Debion, pero se había despojado de las joyas, que en aquel sitio estaban fuera de lugar.

—¿Capitán? —dijo ella, suavemente.

Teseo se inclinó. «Es guapa –pensó-, y se comprende que Krânt ande loco por ella».

—Majestad —dijo en alta voz—, solamente venía a informarme de vuestro estado de salud.

—Es usted muy amable, capitán Gabin. Gracias; me encuentro perfectamente.

—Dos naves merionitas nos persiguieron. Tuve que deshacerme de ellas, majestad.

—Lo celebro, capitán.

«Es más fría que un lagarto».

—A juzgar por sus propósitos, parecía que trataban de hacernos prisioneros.

—Ya lo sé. Krânt está muy empeñado en llevarme a Merion como botín principal de su victoria.

—Por ahora puedo anunciaros, majestad, que ese propósito ha fallado.

—No esté tan seguro de ello, capitán. Krânt es muy listo.

Teseo se permitió el lujo de una sonrisa.

—Yo no soy tonto, majestad.

—Mejor para usted, capitán. ¿Qué más tenía que decirme?

«Está visto que no le gusto», suspiró el joven. Luego hizo un discreto ademán.

—Vuestras ropas, señora. No tenemos a bordo más que ropa de hombre, pero el viaje será un poco largo, dos meses quizá, y es muy posible os fatiguéis de llevar siempre la misma indumentaria.

—Muy amable, capitán. Heryna irá luego a vuestro almacén y elegirá lo que sea más conveniente para mí.

Después de estas palabras hubo un momento de silencio. Teseo y Mavy se contemplaron en silencio, fijamente, hasta que, de pronto, una débil sonrisa distendió los labios de la joven.

—Algo le está mordiendo la lengua, capitán —dijo ella por fin—. Suéltelo de una vez: ¿qué es ello?

El rostro de Teseo se puso muy encarnado. Parpadeó, tosió, carraspeó y al fin dijo:

—Es... señora... ¡hum! No quisiera que me tacharais de indiscreto, pero... ¿por qué os hacéis acompañar por el cadáver de vuestro marido?

La sonrisa continuaba en el rostro de Mavy.

—Usted me está suponiendo una nueva Juana la Loca, ¿verdad? Aquella reina de Castilla que no quería creer que su marido había muerto; que solamente estaba dormido.

Teseo no contestó, pero su actitud era sobradamente elocuente.

—Pues bien —dijo ella—, no hay nada de lo que usted se supone, capitán. Mi esposo, Zyld, debería estar sepultado. Sin embargo, lo llevo conmigo para apoyar mis palabras. La Liga está formada por hombres y éstos son incrédulos. Sólo creerán si ven. Quiero enseñarles el cuerpo inerte de Zyld para que se decidan a actuar. De otra forma —concluyó, meneando pesimistamente la cabeza—, es posible que ni siquiera quisieran escucharme.

Mavy se levantó, dando unos cuantos pasos por la angosta camareta. Su seno estaba muy agitado y Teseo se dio cuenta de que en el ánimo de la joven, luchaban entre sí varios sentimientos que indudablemente se contradecían.

Volvió a hablar.

—No estoy tampoco —dijo—, muy segura de que me oigan. Sé lo que ha ocurrido en casos similares. Durante algún tiempo se llama la atención general; la opinión protesta, en forma gráfica -periódicos, radio, televisión- pero luego, poco a poco, mientras que en la Liga se cansan de hablar, el tiempo va pasando. Total, que cuando llega el tiempo de tomar una resolución, ya las cosas están tan olvidadas que nadie se acuerda de ellas.

—En este caso —indicó el joven—, no sucederá así.

Ella giró repentinamente, enfrentándose con el capitán.

—Ya sé por qué lo dice usted, capitán —exclamó, las mejillas coloreadas por la indignación—. Una mujer joven y bella es siempre una leyenda. Pero hasta las leyendas se olvidan. ¿Qué cree que puedo esperar en su planeta? ¡Un sustancioso contrato para interpretar la historia de mi vida! Pero de formarse una fuerza espacial que obligue a Krânt a devolver lo que no es suyo, ¡nadie querrá ni oír hablar! La Liga es una cosa magnífica sobre el papel; pero en la práctica no es más que un hatajo de viejos loros que sólo saben repetir viejas frases y tópicos manidos aptos únicamente para oídos de tontos e incautos.

—Lo siento, majestad. De todas formas, si no queréis que os lleve a la

Tierra, podéis indicarme otro punto de destino.

Ella hizo un gesto de hastío.

—¿Para qué? Lo mismo da no ser escuchada en la Tierra que en cualquier otro planeta. Sí, la Tierra está bien... y si quiero efectuar mi protesta es únicamente porque no se diga de mí que no hice todo lo posible por recuperar lo que es mío, así como castigar a los asesinos de mi pueblo. Pocos debionitas vivirán a partir de ahora, pero aun estos pocos me maldecirían si supieran que su reina no ha sabido comportarse como tal.

Teseo calló. La situación se había hecho un poco tirante, embarazosa.

Mavy preguntó:

—¿Tenéis algo más que decirme, capitán?

El joven se inclinó.

—No. Salvo que vuestros más pequeños deseos se verán atendidos en la medida de nuestras limitadas posibilidades.

—Gracias, capitán —dijo ella secamente.

Teseo entendió que se le despreciaba. «Ella es una reina y tú un mísero mercader. Los mercaderes han sido siempre los que han sostenido a los reyes, pero éstos no lo han querido ver nunca. Han pensado siempre que ellos eran los que nos sostenían y... Bueno, lárgate, idiota; aquí pierdes el tiempo».

—¡Majestad! —murmuró, y salió de la camareta.

Heryna cerró a sus espaldas. Profundamente pensativo, se dirigió al comedor.

Allí estaban todos sus hombres, excepto Buriz que era el que solía hacer de cocinero.

Teseo los observó muy empeñados en una discusión poco amigable.

—Os digo que esto no me gusta un pelo —decía O'Try.

—¿Por qué? ¿Qué diablos te puede importar llevar un cadáver a bordo?

—Dan mala suerte —se quejó O'Try.

Kleber intervino ahora.

—No es el primero que transportas, Frank.

—Ya lo sé; pero entonces la cosa era distinta.

—¿Quieres decir que entonces lo considerabas como una mercancía?

O'Try asintió.

—Sí. Pero ahora llevamos con nosotros a la viuda, que parece muy empeñada en pasearse por todas partes con el cuerpo de su marido. ¿Qué diablos puede importarnos a nosotros...?

Teseo se sentó en su sitio. Buriz acudió con una bandeja llena de comida.

—Gracias, Héctor —murmuró el joven, y luego miró a O'Try, que se había callado al verle entrar—. No te interrumpas, Frank; ya sabes que siempre me ha gustado saber la opinión de mis hombres.

—Pues si quiere saber la mía, de verdad —gruñó O'Try, ceñudo—, le diré que lo mejor que podíamos hacer es largar el ataúd por uno de los tubos lanzatorpedos.

—Verás, Frank —dijo Teseo pausadamente—, no podemos hacer eso. He dado mi palabra a la reina y no puedo faltar a ella. Podría negarse a pagarnos lo convenido y recuerda que si conseguimos llegar a la Tierra te van a tocar casi cien mil «garants».

La mención de la elevada cifra hizo vacilar al tripulante.

—Aun así...

—Es un viaje arriesgado, Frank; lo sé. De momento, hemos conseguido despistar a las naves merionitas, pero no podemos estar seguros de no tenerlas a la vista en cualquier momento. Mavy se siente muy pesimista en cuanto a los resultados que va a obtener en la Liga, pero algo ganará presentándose en la próxima Asamblea.

»Aparte de que Krânt, por motivos personales, entre los cuales no falta el de la propia belleza de la reina, quiere atrapar a ésta, otra de las causas por las cuales quiere echarnos la zarpa encima es ésa precisamente: que Mavy no llegue a la Tierra. En este caso, ya no se trata de la mujer, sino del jefe de un gobierno, que puede acusarle directamente, ¿comprendes? Teniéndola en su poder, Krânt se puede

defender mucho mejor, incluso burlarse de la Liga.

—Y esto que ha hecho, ¿qué es, capitán? —gruñó el descontento tripulante—. Es una carcajada soltada en las propias narices de la Liga.

—Nosotros tratamos de tapar esa boca que ríe, Frank. Pero no lo conseguiremos si no estamos unidos. Y además, perderemos la mayor ganancia que hemos tenido jamás.

—¡Un momento, capitán! —dijo entonces Arden—. Usted está hablando de un millón de «garants». Doscientos mil para usted, como capitán. Su parte convenida, de acuerdo. El resto, ochocientos, para nosotros. Casi cien mil, porque hay que descontar la fracción correspondiente a Alí, que se entregará a su familia. Pero, ¿y la garantía?

—Garantía, ¿de qué?

—De que Mavy nos va a entregar ese millón apenas la depositemos en la Tierra, capitán.

—Tengo su palabra.

—No es suficiente, capitán.

Teseo frunció el ceño.

—¿Cómo no es suficiente? ¿Que pretendes, que nos firme un papel? Si no está decidida a pagarnos, tanto tiene que nos firme cien documentos como ninguno; no habría abogado que nos ganase el pleito. El suyo diría que obró forzada por las circunstancias, y entonces no obtendríamos otra cosa que el precio de dos billetes Debion-Tierra más el importe del transporte del ataúd. Así que —concluyó el joven—, lo mejor será olvidar esto y seguir el viaje como si no hubiera sucedido nada. Yo os garantizo que Mavy pagará y esto debe ser suficiente, ¿estamos?

Teseo escuchó varios gruñidos de asentimiento, pero no quedó muy convencido de lo que decían sus hombres. Su fino instinto de navegante del espacio y la veteranía de su empleo, le decían que allí se estaba incubando algo. Hasta entonces, sus hombres le habían sido fieles, pero no podía garantizar que cundiese el pánico, quizá motivado por algún descontento como O'Try, y entonces todos sus esfuerzos estarían condenados al fracaso.

Comió en silencio. Al terminar, se levantó, encaminándose a la sala de mandos. Relevó a McQueen y se abstrajo en la lectura de los instrumentos y el gobierno de la nave, que viajaba por el espacio a velocidades lindantes con la de la luz, en busca de una nueva coyuntura para otro salto subespacial, que le permitiera, aprovechando la distorsión del campo espaciotemporal, recorrer increíbles distancias en un tiempo excepcionalmente breve.

Pasaron tres días, durante los cuales no ocurrió nada de particular. Heryna se había llevado del almacén las ropas que había estimado más convenientes para su uso y el de Mavy, la cual, desde la partida, no se había movido de su camareta. La doncella no había contestado siquiera a las bromas de Buriz, encargado de los almacenes de la nave, encerrándose en una fría concha de silencio que el individuo no había podido romper.

Una semana más tarde, después de dos horas de intrincados cálculos, Teseo decidió que era ya tiempo de dar el segundo salto a través del espacio.

Se levantó, dispuesto a formular en la calculadora la órbita requerida. Entonces fue cuando se abrió la puerta de su cámara.

McQueen asomó la cabeza.

—Capitán —dijo—, venga, pronto.

Teseo se alarmó.

—¿Qué sucede, Mac?

—Las baterías solares. Están casi descargadas.

—¿Eh... qué diablos estás diciendo?

—Lo que oye, capitán. No tenemos energía en la nave apenas para encender una lámpara eléctrica.

Teseo ahogó una imprecación antes de que saliera de sus labios. Se abrochó la camisa y salió a todo correr hacia la sala de mandos.

Penetró en ella, sólo para encontrarse con el cañón de un revólver destructor ante sus ojos.

Lo sostenía O'Try, el cual no le miraba con afecto precisamente.

Demasiado tarde comprendió Teseo la trampa en que había caído.

Cuando quiso revolverse, notó el contacto de otra pistola en la espalda.

—No queremos hacerle daño, capitán —dijo McQueen—, y sepa que más que usted lamentamos el paso que vamos a dar.

—¿Que es lo que pretendéis hacer, muchachos? ¿Os habéis dado cuenta de que esto es un motín?

—Lo sabemos perfectamente, capitán —dijo Kleber, penetrando seguido del resto de la tripulación—. La cosa no va contra usted, sino contra ella.

Teseo hizo un gesto de asentimiento.

—Comprendo —dijo.

—Nos alegramos de ello, capitán —contestó McQueen, el cual, acto seguido, ordenó—: Buriz, André, traeros aquí a las chicas.

De no haber sido por las pistolas, Teseo hubiera podido creer que no se trataba de otra cosa que de una broma. Pero sabía muy bien que sus hombres, en aquellos momentos, no sentían ganas de chanzas.

Sin embargo, no quiso rendirse sin haber quemado su último cartucho.

—Deponed las armas —dijo en tono conciliador—. Olvidaré todo si volvemos a estar como antes. Vosotros me conocéis y sabéis que soy hombre de palabra.

O'Try movió negativamente la cabeza.

—No, capitán —dijo—. Lo sentimos mucho por usted, pero no queremos hacer eso que dice. Al menos —añadió—, hasta que nos hayamos descargado del lastre.

Teseo frunció el ceño.

—¿A qué te refieres, Frank?

—Lo va a ver ahora, capitán. Un momento, por favor —Era McQueen el que había hablado.

Unos segundos más tarde, Mavy y su doncella penetraban en la cámara. Tanto ella como Heryna habían trocado sus ropas habituales por otras más cómodas, de aspecto hombruno, pero que no podían disimular la belleza de formas de las dos mujeres, ya que Heryna

apenas si cedía en hermosura a su reina.

—Capitán —exclamó Mavy en tono airado—, ¿qué ocurre aquí? ¿Por qué se me ha arrancado a la fuerza de mi cámara?

Teseo se encogió de hombros.

—Ya lo puede ver con sus propios ojos, majestad. Mi tripulación se ha amotinado, desposeyéndome del mando de la nave.

McQueen se adelantó un paso.

—Sólo es por muy corto tiempo, señora. El tiempo de desembarcaros en un planeta desierto que está a menos de veinticuatro horas de distancia.

Al oír aquellas palabras, Teseo no pudo contener su indignación.

—¿Cómo? ¿Pretendéis abandonarlas a su suerte?

—Así es, capitán —dijo McQueen, impasible—. Ellas y el ataúd serán desembarcados en ese planeta. Luego, nosotros recargaremos las baterías solares -esto es cierto, por supuesto- para, de este modo, dar un salto definitivo que nos lleve a los confines del Sistema Solar de una vez. Usaremos toda la energía posible; por eso cargaremos las baterías al máximo.

»Pero —añadió el piloto—, usted tendrá entonces de nuevo el mando de la nave. Le apreciamos, capitán; no queremos hacerle el menor daño. Sin embargo, no queremos llevar con nosotros ni a las mujeres ni el ataúd.

—Si ese planeta está desierto, como decís —objetó el joven—, las condenaréis a muerte.

McQueen sacudió la cabeza.

—Les dejaremos los víveres suficientes para que puedan subsistir hasta que lleguen las naves de Krânt, capitán.

—¿Qué? —jadeó el joven, lívido, descompuesto—. ¿Habéis hecho eso?

—Justamente, capitán —dijo O'Try—. Nos hemos puesto en contacto con el rey Krânt, el cual nos ha prometido una recompensa de dos millones por la entrega de la reina. Y su ataúd de propina —rió el individuo.

—¡Traidores! —les escupió el joven—. Hacerme eso a mí... jamás lo hubiera soñado.

—Pues es cierto, capitán —dijo McQueen, tratando de aparecer conciliador—: sólo que usted también ganará porque, naturalmente, percibirá el doble, como es lógico.

La respuesta de Teseo fue tajante.

—Estáis muy confundidos si pensáis que yo voy a aceptar ese dinero, ensuciado por la traición.

—Bueno, capitán... —dijo Kleber, avanzando hacia él con las manos abiertas—, nosotros...

—¡Quita de ahí! —le dijo Teseo encolerizado—. No me toques; me mancharías. Está bien; aceptad la recompensa de ese bergante de Krânt. Pero no contéis conmigo.

Hubo un sobresalto general.

—¿Eh, qué está diciendo, capitán?

—No pienso ir con vosotros en esas condiciones. ¡Ya que me habéis desposeído de la nave, os la regalo! Quedaos con ella; yo permaneceré con la reina y Heryna.

CAPÍTULO V

Estaban los tres de pie y al lado el ataúd, bajo la sombra que proyectaba el enorme disco de la nave, flotando sobre el suelo a cinco o seis metros de distancia de éste.

De una de las escotillas inferiores de la «Cesárea» pendía una escala de gato que servía para el acceso a la nave. Dos hombres bajaron por ella, cargados con unos objetos que luego depositaron junto al ataúd.

O'Try desenfundó su pistola. Mientras, McQueen se dirigía hacia donde estaba el joven.

Teseo lo vio acercarse, sin mover un solo músculo

—Capitán —carraspeó McQueen y luego calló, enrojeciendo.

Las vacilaciones del piloto duraron bien poco. Decidiéndose, alargó la mano.

—Capitán, siento de veras que no quiera venirse con nosotros. De todas formas, sepa que le considero como amigo y...

Teseo fingió no ver la mano que le tendían. Tampoco contestó ni miró a la cara de su piloto.

McQueen, a pesar del ultraje moral que era la actitud del joven, no quiso marcharse sin efectuar un último esfuerzo.

—Vamos, capitán —dijo sonriendo forzadamente—; recuerde que le están esperando cuatrocientos de los grandes. Olvidaremos todo y...

—¡Déjalo ya! —estalló O'Try, repentinamente colérico—. ¡Que se vaya al infierno con las mujeres! ¡Volvamos a la nave!

McQueen sacudió la cabeza con pena.

—Lo siento, capitán. ¡Adiós y... buena suerte!

El segundo dio media vuelta, encaminándose hacia la nave. O'Try, sin dejar de apuntarles con la pistola, empezó a retroceder.

—Ahí le hemos dejado unas cuantas latas de conserva y una pistola con dos cargadores, capitán. No toque la pistola hasta que hayamos partido, si quiere seguir viviendo.

Primero subió McQueen, el cual, una vez arriba, encañonó al grupo con otra pistola. Después, O'Try trepó por los peldaños de la escala, desapareciendo en el interior de la nave.

Un par de minutos después, la escotilla era cerrada, después de haber sido recogida la escala de gato. La nave tembló ligeramente y empezó a ganar altura.

Cinco minutos más tarde, la «Cesárea» no era más que un recuerdo en la mente de los desterrados. Teseo, al fin, salió de su estatismo y se inclinó ligeramente hacia Mavy.

—Os presento mis disculpas, señora —dijo—. Esto ha sido algo por completo inesperado para mí y no encuentro palabras con las cuales...

Ella levantó la mano.

—¡Basta, capitán! —dijo—. Para mí es suficiente ver lo que habéis hecho para exonerarle de todo cuanto hayan podido hacer sus hombres sin vuestro asenso. Nuestra situación es difícil, desesperada, mejor dicho; pero hay algo que jamás me ha abandonado nunca, y es la esperanza. Tenga presente que yo jamás olvidaré esto que habéis hecho por mí y que, aunque tardemos cien años, sabré agradecerlo como es debido.

—Tengo bastante con vuestras palabras, majestad —sonrió débilmente el joven—. Y ahora, con vuestro permiso...

Se dirigió hacia el punto donde los amotinados habían dejado los paquetes, hallando que eran dos bolsas llenas de latas, así como un par de cantimploras con agua. Sobre ellas se veía un cinturón con un revólver destructor y un cargador de repuesto.

—Sesenta preciosos cartuchos en total —musitó Teseo. Luego examinó las bolsas—. ¡Vaya, qué considerados; incluso han dejado cigarrillos y fósforos!

—Sus hombres no olvidan detalle —dijo Mavy, ligeramente sarcástica —. Bien, capitán, y ahora que todo ha concluido, ¿cuáles son sus planes?

Teseo se puso en pie, sujetándose el cinturón con la pistola. Luego echó un vistazo en torno a él.

—Estos tipos —gruñó—, podían haber elegido un sitio mejor para aterrizar.

—Tenían que recargar las baterías solares, capitán —le recordó suavemente la joven.

—Por supuesto.

Teseo miró hacia el horizonte, que se veía quebrado por una línea de montañas, cuyas cimas blanqueaban al sol.

—Estamos en la zona desértica del planeta, señora. Allí, a lo lejos, se ven montañas, y donde hay montañas, suele haber agua y caza. Mi opinión es que debemos dirigir nuestros pasos hacia aquel lugar, y cuanto antes mejor. El sol empieza ya a calentar demasiado.

Ella asintió, no sin dirigir una melancólica mirada al sarcófago.

—¿Hemos de dejarlo aquí? —murmuró en voz apenas audible.

Teseo movió la cabeza afirmativamente.

—Se trata de sobrevivir, señora —dijo, y ella entendió de inmediato.

Inclinó la cabeza y dejó que por sus mejillas resbalara una lágrima.

—¡Adiós, Zyld! —musitó, y de pronto, dando media vuelta, echó a andar con paso firme.

Teseo tomó las dos bolsas, colgándoselas de los hombros. Heryna quiso cogerle una, pero él la rechazó sonriente.

—Todavía es pronto —dijo.

Comenzaron la marcha. Estaban en una gran planicie de tipo desértico, pelada, enjuta, sin una planta por esmirriada que fuera, lleno el suelo de piedras y rocas desmenuzadas bajo la implacable acción de los elementos atmosféricos y los bruscos cambios de temperatura. Todavía era pronto, pero dentro de unos millares de años, aquel pedregal se habría convertido en un mar de dunas, cuando las rocas que lo esmaltaban hasta el punto de obstaculizar grandemente el paso, hubieran quedado reducidas a polvo.

Al ponerse el sol hicieron alto. Teseo había observado que en aquel lado del planeta debían de hallarse en la estación primaveral, ya que aunque el sol había calentado de lo lindo, sus ardores, sin embargo, no habían llegado a los de cualquier antiguo desierto terrestre. Pero los efectos de la caminata se habían dejado notar y todos estaban aspeados y rendidos.

Montaron el campamento en el fondo de un profundo barranco, al abrigo de uno de sus muros.

Husmeando aquí y allí, Teseo consiguió, no sin grandes trabajos, hallar unas cuantas ramas secas, con las cuales encendió una pequeña hoguera. Vaciaron primero una lata de carne y luego, en la misma, calentaron el agua para el café.

Mavy suspiró una vez hubo concluido la refacción.

—Hacía tiempo que no comía con tanto apetito, capitán —dijo, sonriente.

—Ni yo de tan mal humor —murmuró él, hosco y ceñudo.

—Vamos, capitán Gabin —le recriminó ella—. ¿Me va a decir ahora que se deja invadir por el pesimismo? Le creía de otra forma de ser, capitán.

—Lo lamento —murmuró él—, pero no puedo fingir lo que no siento. Y en este momento, las ganas que tengo no son precisamente de reír... sino de estrangular a alguien.

—Un deseo muy comprensible en quien, como usted, ha sido traicionado por su tripulación. Capitán, ¿me ofrece usted un cigarrillo? Creo haberle oído antes que...

—Oh —se disculpó él—, dispensadme, señora.

Mavy encendió el pitillo, aspirando largamente el humo. Luego, expulsándolo con lentitud, sonrió.

—Es curioso —dijo.

—¿Qué es lo que encontráis curioso, señora? —dijo Heryna, pues Teseo se había encerrado en un hosco mutismo.

—Todavía no hace un mes yo era una mujer feliz. Tenía un marido que me adoraba y del cual yo estaba ciegamente enamorada. Era reina de un planeta lleno de riquezas; mis súbditos vivían felices y contentos; tenía todo cuanto me apetecía y ahora...

—Pronto lo habréis recuperado todo, majestad —dijo Heryna—. La Liga tomará una determinación y Krânt se verá obligado a...

De repente, Mavy tiró el cigarrillo y ocultó el rostro entre sus manos. Sus hombros se movieron espasmódicamente, a impulsos del llanto

que le había acometido.

Teseo miró a Heryna. Ésta le devolvió la mirada.

—Cuídale —dijo el joven—; está un poco desmoralizada.

—¿Y usted no, capitán?

—A mí sólo me falta una victrola para pedirte que bailes conmigo, preciosa —dijo él mordazmente. Luego tiró también su cigarrillo y se puso en pie—: Dormiré al otro lado del barranco. Procura que ella haga lo mismo, pues nos levantaremos antes de que amanezca para reanudar la marcha. Si ocurriera algo, llámame. ¡Buenas noches!

La temperatura era agradable y por ello Teseo no echó en falta las mantas de que carecían. El joven tenía la facultad de dormirse instantáneamente, desechando las preocupaciones, a pesar de que no le faltaban, y lo hizo con tranquilidad, olvidando lo sucedido y pensando sólo en que tenía que descansar para continuar la marcha al día siguiente.

Se despertó un poco después de la medianoche. Reanimó el fuego y calentó agua para el café. Cuando terminó, despertó a las dos mujeres.

Mavy le sonrió en la rojiza penumbra de las brasas.

—Temo que anoche debí parecerle una niña tonta e histérica, capitán —dijo.

Teseo movió gravemente la cabeza.

—Nada de eso, majestad. Vuestra actitud fue la lógica en una mujer que en un cortísimo espacio de tiempo ha perdido todo cuanto tenía. No obstante permitidme deciros que las lamentaciones no conducen nunca a nada positivo, sólo a una segura pérdida de tiempo. Tomad unos sorbos de café; nos pasaremos con ello en tanto no tengamos la seguridad de que con la caza podemos reponer nuestras existencias de víveres.

Mavy sonrió y tomó la lata. La pasó luego a Heryna y ésta, a continuación, al joven, quien tomó de la misma su correspondiente ración de café.

—A mediodía —dijo—, comeremos un bocado. Ahora conviene ponernos en marcha cuanto antes.

Descansados, su avance, sin el apremio de los rayos del sol, fue rápido. En lo alto lucían las estrellas que dos horas más tarde empezaron a palidecer.

Al amanecer del tercer día de marcha hallaron las señales de que, al fin, el desierto tocaba a su término. Primero fueron unos matorrales espinosos, más tarde algunos árboles aislados, cuyas raíces se agarraban desesperadamente a la tierra, y luego, ya francamente, una verde vegetación cuyo fresco color tonificaba no poco las fatigadas pupilas.

Era ya cerca del mediodía cuando, casi bruscamente, se toparon de manos a boca con una corriente de agua. No era más que un arroyo, de cuatro o cinco metros de ancho, por medio de profundidad, pero sus aguas eran claras y transparentes.

Teseo lanzó un grito de gozo. Descolgándose las bolsas, corrió hacia el riachuelo y se tumbó en su orilla.

Metió la cabeza en el agua, salpicándosela abundantemente. Después de las privaciones de los últimos días, aquello era casi una resurrección.

Bebieron largamente hasta saciar su sed. Una vez se hubieron refrescado, Teseo dijo:

—Este lugar es muy conveniente para descansar un día o dos. Instalaremos nuestro campamento aquí y después estudiaremos lo más conveniente para nuestro futuro.

—Sus hombres dijeron que se habían puesto en contacto con Krânt, capitán —objetó Mavy.

—Eso es lo que me preocupa, majestad; en cualquier momento, pueden aparecer sobre nosotros las naves de Merion y, la verdad, un revólver destructor es muy poca cosa para oponerse a sus torpedos.

—Si fuéramos atacados, capitán, le prohíbo que haga resistencia de ninguna clase. Lo mejor sería entregarnos; en mi opinión, es la única forma en que podríamos salvar la vida.

—Eso se puede aplicar a vos, majestad —dijo Teseo. Se había descalzado y tenía los martirizados pies dentro del agua—. En cuanto a mí… bien, creo que no es muy agradable morir despellejado vivo.

Mavy se estremeció.

—No creo que Krânt se atreviese a tanto —dijo.

—¿Y quién se lo iba a impedir? —rió Teseo.

—Usted es un terrestre, capitán —dijo ella—. Krânt sólo está en guerra con Debion, no con la Tierra.

Teseo se encogió de hombros.

—Krânt buscaría bien pronto una excusa para liquidarme. Y a mi cadáver le importaría bien poco las posteriores medidas que pudiera adoptar el gobierno de mi país. De todas formas, estamos hablando en vano; cuando llegue el momento, pensaremos mejor lo que debemos hacer. Ahora, majestad, os recomiendo que, junto con Heryna, os busquéis un sitio a propósito y os deis un buen baño; de momento, es lo que más estamos necesitando todos.

El día transcurrió pacíficamente. Teseo se aventuró a efectuar una exploración por los alrededores, regresando solamente con unos racimos de algo muy parecido a las uvas terrestres. Se los presentó a las dos mujeres.

—Pueden comer tranquilamente de ellas. Yo las he probado y son muy dulces y alimenticias. En cambio, de caza no he visto nada. ¡Con lo que disfrutaría yo royendo una buena pierna de conejo…!

Mavy rió apaciblemente ante la melancólica evocación del joven, el cual la encontró mucho más bella que nunca. «Lástima que estemos tan separados», pensó.

Cenaron el contenido de un par de latas, tomando como postre aquellas uvas. Sólo les quedaban unas cuantas tabletas de café, que Teseo guardó precavidamente, por lo cual hubieron de conformarse para bebida con el agua del arroyo.

Después se echaron a dormir. Habiendo abundancia de vegetales, a Teseo no le importaba que se apagase la hoguera, por lo que, después de fumarse pensativamente un par de cigarrillos, la dejó consumirse y luego se tumbó no lejos de la vista de ambas mujeres.

Durmió profundamente. Se despertó, pero no por causas naturales, sino porque alguien había lanzado un estridente grito.

Se sentó en el suelo, buscando precipitadamente su revólver. Después, miró hacia el lugar donde se había oído el grito.

Era Mavy la que chillaba. La reina estaba en pie, con la mano en la boca y la espalda apoyada en un árbol, en tanto que con la otra mano señalaba determinado punto. Heryna, medio sentada muy cerca de ella, parecía a punto de desmayarse.

—¡Allí, está allí! —gritaba la joven histéricamente, enloquecida, frenética, fuera de sí.

Teseo siguió con la vista la dirección que le indicaba la joven. El respingo que dio fue tal, que cuando quiso darse cuenta se hallaba ya en pie.

¡El ataúd estaba allí!

El joven masculló un juramento. No, sus ojos, ya totalmente descargados del sueño, no le engañaban. El sarcófago con el cuerpo del príncipe consorte Zyld estaba a diez metros escasos de distancia.

Miró a Mavy completamente desconcertado, sin saber qué pensar.

—¿Quién lo ha traído aquí? —preguntó.

Los dientes de la joven castañeteaban audiblemente.

—No... no lo sé... —balbuceó—. Yo... yo me desperté... y entonces lo vi... No sé... no me he dado cuenta...

Empuñando fuertemente el revólver, Teseo caminó hasta llegar al féretro. Se inclinó, comprobando que, efectivamente, el cuerpo de Zyld estaba dentro del ataúd.

Después regresó junto a Mavy.

—Yo tampoco lo entiendo —dijo, extendiendo los brazos—. He dormido profundamente y debo confesar, avergonzado, que no pude escuchar nada. Pero es indudable que alguien sabe que estamos aquí; de lo contrario, ¿qué objeto tendría gastarnos una broma tan macabra?

Mavy empezó a recobrar la compostura. Pero la palidez de su rostro persistía todavía.

—¿Qué podemos hacer, capitán? —inquirió, con voz temblorosa.

Teseo se mordió los labios.

—No sé... Tengo la sensación de que... —sin poderlo evitar, aprensivo,

giró en redondo sobre sí mismo rápidamente, enfrentándose luego con la muchacha—, de que estamos rodeados de gente que no podemos ver.

—¿Los hombres de Krânt?

—Alguien. Merionitas... o Dios sabe quiénes. Pero los ataúdes no vuelan y ése lo han traído hasta aquí desde muchos kilómetros de distancia.

Mavy preguntó:

—¿Opina usted que debemos huir, capitán?

Teseo escrutó las plantas de la orilla opuesta del arroyo. Eran muy espesas, semejantes a gruesos bambúes, aunque más cortos, pero, de todas formas, superiores a la altura de un hombre.

—Juraría —murmuró—, que en aquellos cañaverales hay gente espiándonos.

—Suélteles un par de disparos —sugirió ella.

Teseo meneó la cabeza. Explicó:

—No quiero atacar si no soy atacado, señora. Por otra parte, mis reservas de municiones son muy escasas y...

Se interrumpió bruscamente. Mavy se pegó a él, de tal forma, que el joven pudo percibir claramente el calor del cuerpo de la muchacha.

—Capitán —susurró ella—, tengo miedo.

Teseo logró sonreír.

—Lo mismo me pasa a mí. Yo...

Teseo no pudo concluir su frase. Repentinamente un estruendoso alarido hendió la atmósfera.

Las plantas de la otra orilla se abrieron simultáneamente por numerosos puntos, dejando paso a una colección de enfurecidos individuos que, chillando como endemoniados, cargaban sobre ellos furiosamente.

Teseo lanzó una orden. Ahora que veía al enemigo, pese a que éste distaba de él menos de veinte metros, había recobrado su serenidad.

—¡Detrás de mí! —gritó—. ¡Las dos! —después de lo cual, levantando su pistola, tomó puntería.

CAPÍTULO VI

En la brevísima fracción de tiempo que precedió al choque, la aguda vista del joven pudo observar detenidamente a sus atacantes.

Casi sin excepción, todos eran tremendamente fornidos y de elevada estatura. Vestían pieles de animales, muy bien curadas y caminaban descalzos, yendo armados con gruesos garrotes afilados en la punta, por lo que lo mismo podían servir como arma contundente que punzante. Sus cabellos, negros y lacios, les caían por los hombros, y en cambio, carecían casi de vello en el mentón y las mejillas. Sus características fisonómicas se asemejaban más a las de los simios que a las humanas, pero, a pesar de ello, el brillo de sus ojos indicaba una inteligencia que un cuadrumano no podría poseer jamás.

En confuso tropel, los salvajes atravesaron el arroyo a la carrera, levantando grandes oleadas de espumas. Teseo se vio perdido. Eran más de cien y ni con el mayor, optimismo se atrevía a soñar que podía siquiera abatirlos a todos.

Pero no dejó que el número de los atacantes le impresionara. Apretó el gatillo media docena de veces, muy rápidamente, y otros tantos proyectiles volaron por los aires, buscando sus respectivos blancos.

Las detonaciones estallaron estruendosamente, apagando con su fragor el griterío de los salvajes. Varios de éstos se deshicieron en repugnantes fragmentos de carne sanguinolenta que volaron en todas direcciones.

La rápida respuesta del joven pareció impresionar a los salvajes, los cuales se detuvieron momentáneamente, apenas rebasado el arroyo, a una docena escasa de metros de distancia. Miraron en torno a ellos, contemplando estupefactos la carnicería que el joven había causado en ellos con sólo apretar el gatillo unas cuantas veces.

—¡Nos matarán! —chilló histéricamente Heryna.

—¡Cállese! —rugió Teseo, muy ocupado en observar a sus enemigos, quienes, con un incomprensible parloteo, parecían estar

conferenciando entre sí.

De pronto, los garrotes se levantaron de nuevo. Teseo quiso curarse en salud y soltó otra ráfaga, descuartizando a cinco o seis individuos más. El resto retrocedió, amedrentados todos, metiéndose de nuevo en el arroyo hasta la mitad de su corriente.

—Parece que la pistola les impresiona —dijo Teseo.

—Entonces, ¿por qué no echarnos a correr? —sugirió Mavy.

El joven especuló rápidamente acerca de las posibilidades de tal acción. Echar a correr significaba dar la espalda a los enemigos, con la desventaja que el no poder vigilar sus gestos suponía. Y los salvajes, harto se echaba de ver, eran infinitamente más rápidos y fuertes que ellos.

—De momento, retrocedamos paso a paso, sin perderlos de vista —dijo.

Las dos mujeres obedecieron. Teseo empezó a caminar hacia atrás, pero no había dado dos pasos todavía cuando, de pronto, un agudo grito sonó al otro lado del arroyo.

Teseo captó la nota colérica de aquella voz, a cuyo propietario no podía ver, oculto por el espeso cañaveral. Pero éste siguió con sus recriminaciones que, surtiendo, al parecer, indudables efectos, obligaron a los salvajes a cargar nuevamente contra Teseo y las dos mujeres.

Sin embargo, ya no lo hacían en la forma apelotonada de antes. Ahora, la partida se dividió en tres grupos: una, continuó por el centro, muy compactos todos sus miembros, casi tocándose hombro con hombro, en tanto que por los costados, a derecha e izquierda, se separaban otros dos grupos de unos quince o veinte salvajes cada uno.

Teseo lanzó una maldición al ver aquello. Se dio por perdido, pero no quiso caer sin lucha. Su dedo gatilló rápidamente, despedazando los cuerpos humanos de modo feroz.

Lanzó una descarga hacia el grupo que le acometía de frente, frenando un tanto su escandaloso avance. Luego se volvió hacia la derecha, derribando a tres o cuatro y, acto seguido, giró hacia el lado opuesto. Cinco o seis individuos se deshicieron instantáneamente en menudos fragmentos de carne enrojecida y palpitante.

Pero el grupo central reanudaba su avance, espoleados por los gritos que surgían de los cañaverales, pisando impávidos sus componentes los ensangrentados restos de sus congéneres.

Todavía derribó el joven unos cuantos salvajes más. Pero, de pronto, con gran consternación, advirtió que el cargador había quedado vacío.

Quiso reparar la falta. En aquel momento, algo voló por los aires en dirección a su brazo.

Demasiado tarde advirtió el joven la nueva arma que ahora utilizaban contra él. Un lazo rodeó su muñeca armada, tironeándole fuertemente de la misma y arrebatándole la pistola.

Un segundo lazo cayó sobre sus hombros. Con la mano libre, Teseo trató de libertarse del mismo, pero sus gestos eran demasiado lentos en comparación con los del salvaje.

El lazo se cerró en torno a su garganta, estrechándola cruelmente. Teseo sintió un dolor agudísimo en la región afectada, al mismo tiempo que notaba que el paso del aire a los pulmones le quedaba bruscamente cortado.

En vano fue que intentara, desesperadamente, liberarse de aquella presión que le ahogaba. Tiraron de su muñeca, derribándole al suelo.

Oyó gritar a Mavy. Una niebla rojiza se interpuso entre sus ojos y los objetos que tenía delante. Los oídos le zumbaron fuertemente, al mismo tiempo que la cabeza parecía estallarle.

Vagamente notó que sus piernas se movían espasmódicamente. «Me están estrangulando», pensó, un momento antes de sumirse en una confortadora al par que dolorosa oscuridad.

* * *

Se despertó en las tinieblas.

«Estoy muerto», pensó.

Pero inmediatamente sintió un vivísimo dolor en la garganta.

—Los muertos no sienten nada —se dijo.

Tratό de deglutir, consiguiéndolo sólo a costa de un doloroso espasmo en la garganta. La cabeza le ardía y lo mismo le sucedía en los globos oculares, en tanto que en sus oídos persistía aquel monótono zumbido.

Abrió los ojos, dándose cuenta de que, por algún lugar, penetraba un minúsculo rayito de luz, que no era suficiente, sin embargo, para disipar las sombras que le rodeaban. Haciendo un poderoso esfuerzo sobre sí mismo, consiguió sentarse en el suelo.

Su nariz fue herida por un fétido olor en el cual no había reparado hasta entonces. Era un olor a podredumbre que revolvía el estómago, causando bascas y náuseas.

Extendió la mano, buscando algo donde apoyarse, pues incluso sentado su debilidad era tanta que apenas si podía conservar el equilibrio. Inmediatamente la retiró, lanzando una gruesa exclamación, al mismo tiempo que un helado sudor cubría su espalda.

Había tocado la monda superficie de un cráneo humano. Esto le causó un escalofrío de espanto, pero casi inmediatamente su atención se vio ocupada por un sonido nuevo en aquel lugar.

Eran unos sollozos femeninos.

—¡Mavy! —gritó.

El eco devolvió, amplificado, el sonido de su voz, de lo cual coligió el joven se hallaba bajo las bóvedas de una excavación subterránea.

Casi en el acto recibió la respuesta.

—No... no soy la reina... Soy Heryna, su doncella.

Guiándose por el sonido de la voz, Teseo se arrastró hacia donde estaba la muchacha.

—¿Dónde está? —inquirió.

—No... no lo sé —contestó la muchacha—. Se la llevaron esos salvajes, dejándome a mí con usted, capitán.

—¿Hace mucho?

—Un par de horas. Desde que llegamos.

Teseo lanzó una interjección. Había estado mucho tiempo sin sentido Dos horas allí, más el invertido en llegar a aquel punto.

—¿Sabes dónde estamos? —inquirió.

—No... Atravesamos el arroyo donde nos apresaron y estuvimos

caminando mucho rato. Lo único que sé es que el terreno llano se ha acabado aquí y que empiezan las montañas.

Teseo hizo una mueca.

—No es mucho, claro, pero...

Deglutiendo una y otra vez, consiguió eliminar un tanto el molesto dolor de garganta. Luego se tanteó los bolsillos y pronto pudo lanzar una exclamación de júbilo.

—¡Menos mal! ¡En medio de todo, esos tipos son honrados! Me han dejado todas mis cosas... menos el revólver, naturalmente, lo cual hubiera hecho yo también, de hallarme en su lugar.

Rascó la cabeza de un fósforo y al instante las tinieblas se disiparon. Teseo levantó la mano por encima de su cabeza, con el fin de aumentar el radio de acción de la llamita y luego miró en torno a él.

Estaban en el fondo de una cueva de gran amplitud, tanta que su techo casi no podía verse, y cuyo final se adivinaba bastante alejado, cuarenta o más metros. No había allí nada que no fueran bastantes huesos humanos, en una forma que agradó muy poco al joven, pero que, por no alarmar a la doncella, se abstuvo de comentar.

—Antropófagos —murmuró para sí—. Y luego decían mis hombres que este planeta estaba desierto. Si llega a estar habitado...

La cerilla se apagó y, meditabundo, encendió un cigarrillo.

Así pasó un buen rato. Teseo concluyó el pitillo, que fumó en silencio, con muy pocas ganas de hablar, en tanto que cerca de él, Heryna sollozaba de modo intermitente.

De pronto, una luz brilló a la entrada de la cueva.

—¡Vienen a matarnos! —chilló la joven.

—¡Cállate! —gruñó Teseo, repentinamente malhumorado.

Se puso en pie, comprobando que aquel forzado descanso había devuelto la elasticidad a sus músculos.

Una docena de hombres, alumbrados con un par de antorchas, penetraron en la cueva. A falta de otra arma, Teseo agarró una buena piedra, pero muy pronto se hubo de convencer de que aquellos individuos, por el momento, no abrigaban intenciones hostiles.

Uno de ellos le hizo señas con la mano. El joven las comprendió enseguida.

—Quieren que vayamos con ellos.

—¡Nos matarán! —murmuró Heryna, aterrorizada.

—Por ahora no parece probable; pero, de todas formas, vayamos o no, lo harían si quieren. De modo que, en mi opinión, lo mejor es no resistirnos. ¡Vamos!

Tomó el brazo de la chica y echó a andar.

Unos momentos mas tarde, salían de la cueva.

La luz del día les deslumbró, después de haber pasado tanto tiempo en la oscuridad. Pero cuando se hubo acostumbrado a ella, Teseo pudo ver a su sabor el panorama que les rodeaba.

Estaban en la parte baja de la ladera de una montaña, la cual tenía forma escalonada, midiendo cada peldaño siete u ocho metros de altura, por otro tanto de ancho. En cada uno de ellos se veía infinidad de aberturas, de tal modo que no cabía la menor duda que aquellas oquedades excavadas en la roca servían de vivienda a los componentes de la tribu.

Para bajar y subir de cada escalón, había numerosas escaleras, hechas de troncos y ramas, entrelazados con lianas. En la puerta de cada cueva se veía un pequeño círculo de piedras, encerrando en su seno, casi todos ellos un montón de brasas, lo que significaba que cada familia se ocupaba de mantener su propio fuego. Esto le dijo a Teseo que la civilización de aquellos individuos debía de ser harto primitiva, equivalente, más o menos, a la del terrestre en su Edad de Piedra.

Los salvajes que les escoltaban les llevaron hasta el borde del escalón. Desde allí, Teseo pudo apreciar que la forma de la montaña era cóncava, casi circular, excepto en un trozo interrumpido, que era por donde se penetraba a la residencia de aquella tribu. Casi parecía un anfiteatro, cuyo suelo, bastante llano, tenía una amplitud de más de cien metros de diámetro. Y en el centro de éste, el joven pudo apreciar la existencia de un estanque cuyas dimensiones vendrían a ser la cuarta parte del anterior.

Todavía había más. A diez metros del estanque se veía una gruesa estaca sólidamente plantada en el suelo. Y Mavy estaba atada a ella.

—¡La reina! —gritó Heryna, sin poder contenerse.

Teseo apretó los dientes. Pero no pudo hacer nada, pues en aquel momento recibió un fuerte empujón, que estuvo a punto de arrojarlo al peldaño inferior.

Precediendo a la muchacha, bajó la escalera. Hasta el suelo del anfiteatro había tres o cuatro escalones más, todos ellos atestados de una ansiosa multitud de salvajes que parloteaban excitadamente entre sí. Teseo pudo advertir que había numerosas mujeres y niños, todos, como los varones de la tribu, someramente vestidos con aquellas pieles que, por lo menos esto sí se les podía reconocer, estaban muy bien curtidas.

Un clamoreo general acogió la llegada de los prisioneros al fondo del anfiteatro. Allí sólo había hombres; las mujeres y los niños habían quedado relegados a los peldaños superiores, y los salvajes abrieron calle para que pudieran pasar hasta cerca del lugar donde se encontraba Mavy atada al poste. Junto a éste había, sentado en una especie de rústico trono, adornado con multitud de cráneos humanos, un individuo gigantesco, vestido como los demás, pero cuyo aspecto indicaba sobradamente era el reyezuelo de la tribu. Media docena de salvajes, tan grandes como él, armados con aquellas afiladas estacas y sendos lazos pendientes de sus hombros, le daban una guardia que hubiera resultado ridícula y aun cómica de no comprender Teseo que las circunstancias en que se hallaban no eran las más propicias para entregarse a la hilaridad.

Mavy le miró con gesto de súplica. Teseo le hizo una seña tratando de tranquilizarla, pero casi en el acto sus guardianes le hicieron girar y enfrentarse con el jefe de la tribu.

Éste le miró con ojos chispeantes de cólera y le dirigió un furioso discurso que para el joven resultó absolutamente ininteligible. El reyezuelo agitaba los brazos, señalando con ellos numerosas veces al cielo, luego a sí mismo y a sus hombres y por fin al estanque que tenían frente a sí.

Teseo se encogió de hombros.

—No te entiendo, pajarraco. Si vas a terminar con nosotros, por lo menos hazlo pronto y no nos martirices. Mavy, ¿le ha comprendido usted?

La prisionera no hizo caso del hecho de que Teseo le hubiera omitido el tratamiento debido a su alto rango.

—Unas pocas palabras —contestó—. Dice que está muy enojado por haber invadido sus dominios desde el cielo, pero que, a pesar de todo, nos da una posibilidad de salvación.

—¡Caramba! Esto ya es algo. Dígale que siga, por favor.

Mavy volvió esforzadamente la cabeza y, con lentitud, dirigió unas palabras al jefe de la tribu. Éste la escuchó atentamente y luego replicó con otro torrente de invectivas.

—Dice que deberá usted luchar con el genio de la tribu para salvarnos a nosotras. Si triunfa, nos perdonará la vida. De lo contrario, moriremos los tres.

—¡Hum! —masculló el joven—. No es una perspectiva muy alentadora que digamos. Y ese... genio, ¿es material o un espíritu?

Antes de que Mavy pudiera dirigirse al reyezuelo, éste hizo una seña.

Al instante, un grupo de hombres apareció trayendo a otro a la fuerza. El prisionero chillaba y se debatía espantosamente, pero no podía oponer resistencia alguna a sus captores.

Lo situaron frente al jefe de la tribu, quien le dirigió una rápida filípica, cuyo significado no pudo entender hasta que se lo tradujo Mavy.

—Le está diciendo que el genio de la tribu está muy enojado y que debe aplacarlo.

—¿Cómo? —exclamó el joven, sarcástico—. ¿Con buenas palabras?

Mavy no pudo contestarle; los salvajes arrastraban ya a su prisionero hacia el borde del estanque, del cual distaban las aguas un metro, aproximadamente.

El terreno frontero estaba completamente despejado, de modo que los prisioneros podían ver sin perder detalle todo lo que se desarrollaba ante ellos. Las aguas burbujearon de pronto, arremolinándose siniestramente.

Teseo se estremeció. Vio la frente del condenado cubierta de sudor y su rostro convertido en una máscara de ceniza. El individuo chillaba a más y mejor, pero todos sus esfuerzos para eludir su suerte fueron vanos por completo.

Cogido en vilo, fue arrojado a las aguas, cayendo a cinco o seis metros de distancia. Se sumergió en ellas, reapareciendo a los pocos instantes.

Con muy poca gracia, pero con terrible prisa, nadó presurosamente hacia la orilla, con los ojos desorbitados por el espanto.

De pronto, algo tiró de él hacia abajo.

Su grito de espanto fue ahogado por la inmersión. Unos segundos más tarde, subía a la superficie una gran mancha de sangre y un clamoreo general acogió el sacrificio de aquel desgraciado.

Teseo sintió que la espalda se le cubría de sudor. Intuyó que en el estanque debía de habitar una fiera acuática de nueva especie, y muy pronto tuvo confirmación de ello.

Las aguas hirvieron una vez más y la cabeza de algo que le pareció un monstruo fabuloso surgió un segundo fuera del líquido. Fue una visión rapidísima, pero que bastó para que las piernas de Teseo se convirtieran en blanda gelatina.

—¡Dios mío! —exclamó, no queriendo dar crédito a la visión de pesadilla que sus ojos acababan de presenciar.

Pero en aquel instante notó que le ponían algo en la mano. Miró el objeto.

Era uno de aquellos garrotes que tan bien sabían utilizar aquellos salvajes. Uno de ellos le señaló el estanque con gesto enérgico y antes de que el joven pudiera oponer la menor resistencia, se sintió empujado hacia el estanque.

CAPÍTULO VII

Al instante Teseo comprendió que sólo obrando con astucia y habilidad podría salvarse de la horrible muerte que se escondía bajo la superficie de las aguas. Al tiempo que se acercaba a la orilla, sopesó especulativamente el garrote.

Ni por un solo momento se le ocurrió revolverse contra sus enemigos. Hubiera sido un gesto tan vano como inútil y con ello lo único que hubiera conseguido habría sido anticipar el momento de su muerte.

Una vez más, examinó el garrote.

Éste era un trozo de madera, muy dura, largo de un poco más del metro y de unos diez centímetros de grueso en su parte más ancha, terminando en una afilada punta. Lo mismo podía quebrarse con él un cráneo que atravesarse un cuerpo humano con toda facilidad; para ambos cometidos servía estupendamente.

Se detuvo al borde del estanque. Vaciló un segundo y luego, con una profunda inspiración, se lanzó de cabeza al agua.

El líquido era muy transparente y permitía la visión de los objetos en un gran radio de acción. Teseo se sumergió todo cuanto pudo, mirando con los ojos bien abiertos a fin de estar prevenido para responder al ataque del monstruo que habitaba aquel receptáculo.

Nadó hasta que los pulmones amenazaron con estallarle. Entonces, taloneando vigorosamente, salió a la superficie, en donde renovó la provisión de aire. Nuevamente volvió a sumergirse.

Dos veces más hubo de repetir la maniobra antes de enfrentarse con el monstruo. Ahora lo vio, surgiendo, al parecer, del muro frontero al lugar donde él se había zambullido.

El corazón se le heló dentro del pecho. Creía estar soñando... pero, sin embargo, era cierto. Estaba frente a un gigantesco saurio, de más de quince metros de longitud que, desenvolviéndose en el líquido elemento con toda naturalidad, avanzaba hacia él con la velocidad de un tren expreso.

Teseo no había visto jamás una fiera de tales dimensiones. Ciertamente, no era tan exacto como uno de los cocodrilos terrestres, pero las diferencias morfológicas con esta clase de animales eran prácticamente desdeñables, salvo, por supuesto, el tamaño, realmente increíble. La enorme bocaza, dotada de una cuádruple fila de agudísimos dientes, capaces de partir en dos a un hombre con toda facilidad, alcanzaba casi los tres metros de longitud; Teseo hubiera cabido en su interior cómodamente.

El joven trató de retener todo lo posible el aire en sus pulmones. Esperó la acometida del monstruo, sosteniéndose entre dos aguas con sólo un leve movimiento de sus pies.

El corazón le palpitaba violentamente. Por un instante, estuvo tentado de dar media vuelta y ganar la superficie, pero comprendió que ejecutar aquella acción era tanto como suicidarse. Dominando su

lógico nerviosismo, permaneció, pues, en el mismo lugar.

El saurio se le echó encima. Veía una nueva presa para su insaciable apetito. Teseo le dejó llegar.

En el último instante, el joven taloneó enérgicamente, precipitando así el encuentro con el monstruo. Éste pareció sorprenderse un momento, pero en el segundo siguiente abría ya la colosal bocaza, dispuesto a devorar al temerario que osaba acometerle.

Teseo estiró el brazo todo cuanto pudo. Las quijadas del monstruo se cerraron bruscamente.

Pero sus dientes no llegaron a juntarse: la estaca lo impidió.

El movimiento había sido tan brusco, que la aguzada punta se clavó profundamente en el paladar del monstruo, al mismo tiempo que, por la misma presión, la contera perforaba también la lengua. Queriendo desprenderse de aquella arma que le estaba matando, el saurio no hacía sino clavarse más y más profundamente el garrote en la boca.

La fiera coleteó espantosamente, provocando unos gigantescos remolinos de agua. Teseo nadó ahora rápidamente, sacudido por las olas que causaba en el interior del líquido el frenético coleteo de la fiera. Se dio prisa en alejarse de ésta, conociendo el gravísimo peligro que podía entrañar para él recibir un coletazo.

El joven emergió, llenándose los pulmones de aire. Nadó rápidamente hacia la orilla y, al llegar a ella, se izó a fuerza de puños, sin que ninguno de los estupefactos salvajes osara oponérsele tan siquiera. Sentado, jadeante, Teseo contempló el fascinante espectáculo de la agonía del monstruo.

Seguramente no volvería a ver jamás nada igual.

La falta de raciocinio de éste lo estaba matando. Cada vez, creyendo que así podía deshacerse más pronto de aquel desconocido enemigo que tan dolorosamente lo hería, apretaba más y más sus mandíbulas, aumentando con ello la penetración de la aguzada punta del garrote.

El agua hervía y burbujeaba con los continuos saltos de la fiera, de cuya boca, cuando la tenía fuera, emitía unos atroces y discordantes ronquidos. En torno a él se veía una espuma sanguinolenta que manchaba de modo repugnante el líquido.

Así, contemplado en absoluto silencio por los asombradísimos

espectadores, estuvo unos momentos el gigantesco saurio, luchando contra aquel enemigo del cual le resultaba imposible desprenderse. De pronto en una sacudida más fuerte que las demás, la punta del garrote atravesó el paladar y llegó al cerebro.

El animal dio un par de saltos convulsivos y luego se inmovilizó súbitamente. Muy despacio, giró sobre sí mismo y su plateado vientre brilló a la luz del día que ya empezaba a declinar.

Hubo un momento de estupefacto silencio por parte de los salvajes, que no acababan de entender bien la forma en que el joven se había deshecho de su genio protector. Teseo se puso en pie, mirando a los más cercanos, los cuales, a su vez, le devolvieron la mirada con infinito respeto.

Después, en silencio, caminó hacia el poste y, sin que nadie le opusiera la menor resistencia, desató a Mavy. Ésta le miraba asimismo con ojos desorbitados.

—¿Có... cómo lo consiguió usted, capitán? —balbuceó, atónita.

—No me lo recuerde, por favor —dijo él, estremeciéndose.

De pronto, el reyezuelo salió de su estupor. Se levantó y se dirigió hacia él, gritando algo ininteligible.

Teseo frunció el ceño, volviendo luego la mirada hacia la joven.

—¿Qué está diciendo?

Mavy volvió la cabeza hacia el individuo. Escuchó atentamente unos momentos.

—Está muy enojado porque usted ha matado al genio protector de la tribu. Dice que ahora que no está la fiera para protegerlos, toda clase de males caerá sobre ellos, sus mujeres y sus hijos.

—Dígale de mi parte —contestó Teseo de mal talante—, que lo siento mucho, pero que no iba a dejarme comer vivo sólo por darles gusto. Que críen otro, ¡qué diablos!

Un desagradable rumor empezó a levantarse de entre los salvajes. Con rápido gesto, Teseo se apoderó de un garrote, derribando por tierra a su propietario. Éste se incorporo rápidamente e intentó lanzarse sobre el joven, pero Teseo lo despidió nuevamente con un brutal puntapié en el vientre que lo dejó sin conocimiento.

La decidida actitud del terrestre pareció frenar un tanto los impulsos de aquella gente. El joven, empuñando firmemente el garrote, sin volver la cabeza, dijo:

—Mavy, dígales que prometieron dejarnos libres si mataba al monstruo. Recuérdeles que usted es una reina de un poderoso país y que si nos tocan al pelo de la ropa, enviará mil naves a destruirlos.

—No se lo creerán —suspiró ella—, pero… en fin… —y accediendo a los deseos del joven, lanzó su intimación.

El reyezuelo contestó ásperamente, con gran exuberancia de gestos. Sus hombres empezaron a cerrar filas en torno a los cautivos y Teseo miró en torno a él, buscando la primera víctima propiciatoria para su estaca.

Repentinamente, el suelo tembló con terrible violencia.

Una fragorosa detonación se expandió por los aires. Teseo miró hacia el lugar donde había sonado el enorme estampido y vio un gran cono de tierra y humo elevarse a los aires.

Un gran silencio sucedió al insólito hecho. Todos los rostros, con expresiones de asombro, se volvieron hacia el mismo punto.

Otro estampido sonó y la tierra volvió a estremecerse. Un griterío general se elevó de los escalones, atestados de gente, la cual empezó a correr alocadamente de un lado para otro.

—¡Allí, allí! —gritó Mavy, señalando un punto en el espacio.

Teseo miró en la dirección que le indicaba la joven. Una nave desconocida picaba velocísimamente hacia el anfiteatro.

De pronto, una raya luminosa se desprendió del aparato. El proyectil atravesó el espacio como una centella y concluyó su trayectoria a mitad de la ladera del anfiteatro. Se vio un fulgurante chispazo, luego sonó ensordecedoramente el terrible estampido de la explosión.

Por un instante, todos los salvajes permanecieron atontados en el mismo lugar, no creyendo en lo que acababan de ver y oír. Algunos cuerpos yacían por el suelo, destrozados por la fuerza de las explosiones. Luego, el pánico general se apoderó de todos los miembros de la tribu.

Teseo no dudó un instante acerca de lo que tenía que hacer: cogiendo

la mano de Mavy echó a correr, al mismo tiempo gritaba a Heryna que les imitara.

Con un agudísimo silbido, el aparato pasó por encima de ellos, soltando dos bombas más, una de las cuales cayó en el estanque, impactando en el cuerpo del saurio, que voló destrozado por los aires, envuelto en una gigantesca columna de agua. Teseo, acompañado por las dos mujeres, corrió hacia el extremo opuesto del estanque.

Nadie les hacía ya caso. Espantados por la inesperada aparición del navío volador, todos huían apresuradamente, tratando de escapar a los terribles efectos de sus proyectiles.

—¡Es una nave merionita! —dijo Mavy, después de haberla observado en aquella pasada tan baja.

—Pues de momento no podemos menos que agradecerles infinito la atención —contestó Teseo deteniéndose en el punto que había calculado. Luego preguntó—: ¿Saben nadar las dos?

La contestación fue afirmativa. Teseo, entonces, observó que la nave, después de haberse remontado, estaba virando para picar nuevamente sobre el lugar.

—Bien —exclamó—; entonces, no hay que perder tiempo. ¡Síganme!

Impulsándose con las piernas, saltó al agua, zambulléndose de cabeza. Las dos mujeres le siguieron sin apenas intervalo.

El propósito del joven era ciertamente arriesgado, pero, de tener éxito, podía ser su salvación. Al arrojarse al agua, lo hizo justo en el extremo opuesto al que lo hiciera la vez anterior, cuando fue a combatir al saurio.

Inmediatamente vio ante sus ojos lo que deseaba: un negro círculo situado a tres o cuatro metros bajo la superficie de las aguas. Se volvió un momento y vio a las dos mujeres que nadaban hacia él.

Con el brazo les hizo señas de que le siguieran y luego, sin vacilar, taloneó vigorosamente, encaminándose hacia el túnel.

Nadó con acompasada rapidez sintiendo que la oscuridad se cerraba en torno a él. Pero poco a poco fue ganando terreno hasta que, de pronto, notó una leve claridad ante sí.

Un último esfuerzo le llevó a franquear totalmente aquel espacio. Por

encima de sus ojos cabrilleaba una chispita de luz. Nadó hacia arriba y pronto pudo sacar la cabeza fuera del agua.

Inspiró profundamente, sin darse cuenta, por el momento, del fétido olor que reinaba en aquel umbrío antro. Una cabeza asomó a pocos pasos de distancia. Mavy se echó hacia atrás los mojados cabellos y respiró ruidosamente.

—¿Dónde estamos?

La voz de la joven rebotó contra las bóvedas de la excavación. Antes de que Teseo pudiera contestar, sintió que algo le tocaba las piernas.

Metió la cabeza bajo el agua, vislumbrando un busto oscuro. Era Heryna, la cual estaba a punto de perder el sentido. Teseo la sacó fuera y la doncella tosió y estornudó ruidosamente.

De pronto, Mavy lanzó un grito.

—¡Aquí! ¡Vengan aquí; hay tierra firme!

Remolcando a la semiinconsciente doncella, Teseo nadó hacia donde se oía la voz de Mavy. Pronto pudo advertir una cosa dura y, asiéndose a ella, comprobó con no poca satisfacción que era el saliente de una roca.

Entre los dos sacaron fuera del agua a Heryna, que poco a poco empezó a recobrar los sentidos.

Mavy repitió nuevamente su anterior pregunta. Teseo entonces, dio satisfacción a la curiosidad de la reina.

—Cuando estuve luchando con el saurio —dijo—, lo vi salir de aquí. Deduje, por tanto, que el animal debía de tener su vivienda al otro lado del estanque y que, seguramente, habría aire respirable en ella. Estos animales necesitan también el aire atmosférico para vivir; no pueden permanecer bajo el agua indefinidamente, a pesar de que tienen mucho aguante. Y mi hipótesis, afortunadamente, se ha convertido en realidad.

—Una realidad no muy agradable de oler —dijo Mavy haciendo una mueca.

Teseo se puso en pie, estremeciéndose al ver algunos restos humanos esparcidos por el suelo.

—La bestia se retiraba aquí a darse sus acostumbrados banquetes. Por lo visto, se alimentaba de carne humana, que le arrojaban como sacrificio propiciatorio.

—¡Qué salvajes! —comentó Mavy.

—No se podía esperar otra cosa de ellos. Aún no comprenden cómo pude matarlo.

De vez en cuando, el suelo se estremecía, signo indudable de que aquella nave continuaba su bombardeo.

—Aquí estamos seguros —dijo el joven—. Tendrían que usar unas bombas más potentes para derrumbar la bóveda de roca que tenemos encima. Al menos tiene un grosor de diez o doce metros, ya que hemos de tener en cuenta que la pendiente de la colina comenzaba casi justamente en el punto donde nos zambullimos.

—Y el aire —dijo ella—, debe penetrar por aquella abertura, ¿no?

Teseo miró hacia arriba. Había un diminuto orificio, cuyo diámetro no se podía calcular a causa de la impresión que originaba la falta de luz.

—Afortunadamente para nosotros —respondió. Luego, viendo que Heryna rebullía, le preguntó—: ¿Te encuentras mejor?

La doncella sonrió.

—Sí, gracias. Espero, sin embargo, no tener que repetir el viajecito bajo el agua.

—Posiblemente sí —contestó Teseo, muy serio.

—¿Cuándo cree usted que podremos salir de aquí? —preguntó Mavy.

El joven se encogió de hombros.

—No lo sé. Supongo que, por lo menos, habremos de esperar a la noche.

Mavy arrugó la nariz.

—No es un sitio muy agradable, que digamos.

—Pero sí el único donde, de momento, podemos estar a salvo. Tenga en cuenta que ese aparato es merionita y que tanto sus ocupantes como estos salvajes sólo están esperando echarnos el guante encima

para despellejarnos vivos.

—¿Y no se le ocurre a usted nada para salir de aquí?

Teseo frunció el ceño, meditando intensamente. Sin contestar, caminó unos cuantos pasos, hasta situarse justo bajo el orificio, quedando casi al pie del muro.

Permaneció en silencio unos segundos; después, extendiendo las manos, tanteó las paredes.

—Aguarden unos momentos —dijo.

Agarrándose con firmeza a los salientes que tenía la pared, empezó a trepar por ella. La subida era enojosa, pero poco a poco fue ganando terreno.

Quedó muy sorprendido cuando, unos minutos más tarde, llegó al borde del orificio. Éste era mayor que lo que esperaba y si desde abajo parecía más pequeño, se debía a unos matorrales que lo ocultaban en su casi totalidad por el exterior.

Sonrió satisfecho, en tanto escuchaba atentamente. Fuera, parecía haberse calmado el tumulto, ya que no se oía el menor ruido. Con grandes precauciones, decidió arriesgarse a asomar la cabeza y, ocultándose tras las matas, sacó hasta medio cuerpo fuera de la cueva.

Se encontró casi en el centro de uno de los peldaños, a unos veinte metros de distancia del estanque. Había varios individuos vestidos con un extraño uniforme, armados hasta los dientes, que corrían por todas partes, entrando y saliendo por las cuevas, al mismo tiempo que parloteaban excitadamente entre ellos.

Teseo frunció el ceño. Ahora no le cabía la menor duda, por si antes había vacilado, de que aquellos eran guerreros de Krânt, el rey merionita, los cuales, merced a la delación de McQueen y compañía, les andaban buscando como locos.

Desde luego, pensó, muy listos tendrían que ser para encontrarles en aquel lugar. La única desventaja que tenían en contra era la falta de alimentos, pero un día o dos podían pasarse fácilmente sin comer, máxime cuando no era el agua lo que más escaseaba. Lo difícil sería después, cuando, sin armas...

Cortó sus pensamientos cuando, girando un poco el cuerpo vio una nave a unos treinta metros de distancia.

Era relativamente pequeña, más aun así ocupaba toda la superficie del estanque, flotando suspendida e inmóvil a unos dos metros de distancia del agua. Una escotilla permanecía abierta y al pie de ella, un individuo, de estólido aspecto, armado con un fusil de forma rara, montaba la guardia.

«Si pudiera llegar hasta él sin ser visto», meditó Teseo, justo en el momento en que un leve crujido le hacía sobresaltarse.

Cuando volvió la cabeza se encontró, de manos a boca, con un individuo que le sonreía perversamente detrás del cañón de una pistola de pavoroso aspecto.

CAPÍTULO VIII

El merionita le hizo signos de que saliera, siempre sin dejar de sonreír.

Durante unos instantes, Teseo vaciló, no sabiendo qué partido tomar. El guerrero estaba a muy corta distancia, dos o tres pasos, y era evidente de que, en un principio, se había sentido tan sorprendido como él al encontrarse con un hombre en aquel extraño lugar.

De pronto se le ocurrió una idea. Abrió la boca de oreja a oreja y sonrió estúpidamente, al mismo tiempo que meneaba la cabeza.

El merionita frunció el ceño. Repitió sus signos y Teseo volvió a sonreír, al mismo tiempo que emitía unos sonidos articulados.

No se movió, continuando en su misma estúpida actitud, en tanto que el soldado enemigo avanzaba hacia él. El merionita relajó un tanto su gesto de vigilancia, creyendo realmente en la imbecilidad del joven.

Se inclinó y, para apoyar la fuerza de sus señas, quiso tomarle por un brazo. Éste era precisamente el momento que Teseo aguardaba.

Sus manos volaron a la garganta del merionita, estrechándosela con terrible fuerza e impidiéndole lanzar un grito. Al mismo tiempo clavó los pies en el borde opuesto del orificio y tiró del guerrero hacia sí.

El ataque fue tan imprevisto como fulminante. Sorprendido, el merionita no pudo reaccionar y antes de que pudiera oponer resistencia, ya tenía los pies en alto y la cabeza hacia abajo. Teseo dio

un par de tirones más, bruscos, secos, violentísimos, y el guerrero introdujo la mitad de su cuerpo en el orificio.

El resto ya fue fácil. Un segundo se agitaron espasmódicamente las piernas del merionita en el aire, intentando vanamente oponer una inútil resistencia, y luego desaparecieron, tragadas por la oscuridad.

Teseo bajó todo cuanto pudo, ocultándose tras las plantas. Oyó el erizante sonido del choque de la carne y los huesos contra las rocas y al final, un sordo ruido le indicó el fin que había tenido el individuo.

Unos segundos más permaneció allí, oteando el horizonte, tratando de averiguar, por los gestos de los restantes merionitas que continuaban su labor investigadora, si la corta lucha había sido vista por alguien. Pero, afortunadamente, todo se había desarrollado de forma tan rápida que nadie tuvo tiempo de advertir nada sospechoso.

Inmediatamente, pues, se metió de nuevo bajo el orificio, y emprendió el descenso, cosa que hizo de forma mucho más rápida, sin reparar en el posible riesgo de una caída.

Cuando sus pies tocaron el suelo de la oquedad, las dos mujeres se le acercaron ansiosamente.

—Fuera hay una nave —dijo rápidamente—. Voy a tratar de apoderarme de ella.

Se inclinó sobre el caído, cuyo rostro no presentaba un aspecto muy agradable. Por la forma en que tenía la cabeza, coligió se había roto el cuello en la caída, pero no se preocupó de otra cosa que de apoderarse de su pistola, que metió entre la camisa y el pantalón.

Después volvió su vista hacia las mujeres.

—Deben subir detrás de mí —dijo, explicándoles luego lo que tenían que hacer—. Procuren no ser vistas y en cuanto yo haya abatido al centinela, ustedes echan a correr

—¿Quiere apoderarse de la nave? —inquirió Mavy, asombrada.

—Ése es, ciertamente, mi propósito —respondió.

—Podemos esperar aquí a que se hayan ido —sugirió ella.

—¿Qué ganaríamos con ello? Mi plan puede tener éxito, sobre todo si me aprovecho de la sorpresa. Pero ahora no puedo perder tiempo en

discusiones. ¡Vamos, aprisa, síganme!

Sin añadir una sola palabra más, dio media vuelta y empezó a trepar por el muro. Lo hizo con cierta lentitud, para dar lugar a que las mujeres siguieran exactamente el mismo camino.

Una vez llegado al orificio volvió a asomarse. El panorama era el mismo, sin la menor variación en sus detalles. Los merionitas continuaban su búsqueda, cosa que debía resultarles fatigosa, no por el trabajo en sí, sino por la gran cantidad de cuevas que existían en aquel enorme anfiteatro.

Una mano tocó su tobillo. Se volvió, inclinándose un poco y asió la muñeca de Mavy, ayudándola a izarse hasta el borde del agujero. Hizo lo mismo con Heryna y luego él salió fuera, arrastrándose al abrigo de las plantas.

—Recuerden —dijo con un siseo apenas audible—: fijen la vista en mí y echen a correr apenas yo se lo diga.

Acto seguido, Teseo continuó su marcha, reptando por el suelo durante unos cuantos metros, hasta que se acabaron los matorrales. Después aguardó unos segundos, especulando acerca de las posibilidades de victoria de su arriesgado plan.

Había más de treinta metros de distancia del lugar en que se hallaba al centinela. Éste le daba la espalda, pero en cualquier momento podía girar sobre sí y aunque el joven tenía una pistola, no quería arriesgarla. La detonación pondría sobre alerta a los restantes merionitas y entonces sus proyectos habrían fracasado por completo.

Estudió el terreno con una rápida mirada. Podía correr a todo lo largo del peldaño y situarse luego frente al centinela. Desde allí…

No lo dudó más; su mano derecha oprimía fuertemente algo que había tomado del suelo y, distendiendo bruscamente las ballestas de sus piernas, saltó hacia adelante.

Corrió como nunca lo había hecho, devorando aquel corto trecho en escasos segundos. Cuando estuvo frente a la nave, el centinela, alarmado quizá por su subconsciente, se volvió.

Instantáneamente levantó la mano armada con la pistola, al mismo tiempo que abría la boca para gritar. Pero ya era tarde.

La piedra que Teseo había tomado del suelo volaba raudamente hacia

el merionita, chocando con su rostro con terrible fuerza. Crujieron los huesos de la cara del individuo y éste se desplomó de espaldas, abatido fulminantemente.

El joven no quiso utilizar la escala de ramas que había allí. De un salto se precipitó al peldaño inferior, cerca de cuyo borde se hallaba la escotilla de acceso a la nave. Se inclinó sobre el caído, cuyo rostro sangraba abundantemente y le arrebató la pistola, al mismo tiempo que sacaba la otra.

Movió una mano con rápido gesto. Las dos mujeres, al verlo, salieron de su escondite y echaron a correr.

Teseo se parapetó al lado de la nave, sosteniendo firmemente con ambas manos las dos pistolas. De pronto, alguien lanzó un agudísimo grito.

Una docena de merionitas volvió su vista de modo simultáneo hacia aquel lugar. Teseo agitó sus manos genéticamente. Las muchachas aceleraron más su velocidad.

Bruscamente, una detonación estalló. A dos metros de Heryna que era la última, el proyectil se deshizo en una nube de humo y tierra.

Teseo lanzó un disparo hacia el lugar donde había oído la detonación. Otro merionita le contestó y su proyectil estalló sobre el casco de la nave, sin causarle daños.

Las dos mujeres llegaron a la escalera, comenzando a descender. Ya estaban a corta distancia de la nave.

Más disparos sonaron, provocando estruendosas explosiones. Ahora estaban ya a punto de conseguir el objetivo y Teseo no vaciló en gastar unos cuantos cartuchos más, provocando un ensordecedor estrépito en torno a los guerreros de Krânt.

Éstos buscaron refugio, contestando al fuego que se les hacía. De pronto, un proyectil merionita impactó contra la parte superior de la escalera, rompiéndola.

Las dos mujeres cayeron al suelo en confuso montón, al romperse el apoyo. Heryna se levantó al instante, pero Mavy quedó en el suelo.

Teseo comprendió al instante el gravísimo riesgo en que se encontraba la joven, la cual parecía haber perdido el conocimiento. Heryna, aturdida por la caída, trataba de ayudarla a levantarse.

El joven no lo dudó un momento. Saliendo de su relativamente seguro parapeto, soltó un par de descargas más y corrió hacia el lugar donde habían caído las mujeres, silueteado por varias explosiones que atronaron fragorosamente sus oídos.

Disparó encarnizadamente contra los merionitas, obligándolos a refugiarse nuevamente en las cuevas y luego gritó:

—¡Váyase, corra hacia la nave!

Heryna obedeció, tomando al paso una pistola que le ofrecía el joven. Teseo guardó la otra e inclinándose, levantó en vilo a la desvanecida Mavy.

Un proyectil, estallando muy cerca, le arrojó al rostro una nube de tierra y polvo. Haciendo caso omiso de la explosión, Teseo corrió hacia la nave, en cuya puerta estaba la doncella, disparando con más ruido que puntería.

Se arrojó casi de cabeza al interior del aparato, rodando con Mavy por el suelo. Heryna ya se había metido dentro también.

Jadeante, sin aliento, abandonando por el momento a Mavy, el joven se puso en pie.

Pero apenas lo había hecho, la escotilla se cerró de nuevo con seco chasquido, justo en el momento en que un proyectil impactaba contra ella fragorosamente por la parte exterior.

Se tambaleó. ¿Por qué se movía la nave?

El aparato pareció saltar bruscamente hacia arriba. Estaba sólidamente construido y por ello soportaba perfectamente los disparos que se le hacían de todas partes. A través de uno de los gruesos cristales blindados de las lucernas, Teseo vio alejarse el suelo rapidísimamente.

Aplastado contra el piso de la nave por la violenta aceleración, el joven permaneció unos momentos sin poder moverse. Dentro de la nave no se oía el menor ruido, excepto un tenue silbido causado por el frote de su estructura contra la atmósfera de aquel planeta.

La velocidad del disco se amenguó un tanto, reduciéndose hasta detenerse totalmente. Teseo se puso en pie, observando a través de la lucerna la tierra, de la cual les separaban un par de miles de metros.

El anfiteatro de los salvajes, con su estanque en el centro, era apenas mayor que una manchita ocre en el centro de la masa de verdor que lo rodeaba.

Heryna se volvió hacia ellos, ansiosa.

—¿Cómo está? —preguntó, señalando a la todavía inconsciente Mavy.

—Eso es lo que vamos a ver —dijo el joven, tomándola en brazos.

Luego, mirando a la doncella, añadió:

—Busca un lugar donde acomodarla.

Heryna echó a andar. Teseo advirtió prontamente las diferencias que había entre su nave y las merionitas, pero había algo común a todos los aparatos: fuesen del planeta que fuesen, siempre que los tripulasen seres humanos, tendrían literas para descansar.

Aquel disco no podía ser la excepción y Heryna pronto encontró una camareta en donde depositaron a la inconsciente reina.

—Váyase a la cámara de mandos y saque de aquí la nave —dijo la muchacha—. No podemos seguir en este lugar, expuestos a que en cualquier momento llegue otra nave merionita. Yo atenderé mientras tanto a la reina.

Teseo asintió. Era preciso salir de allí cuanto antes y sin vacilar hizo lo que la muchacha le había indicado.

Se sentó frente al tablero de mandos, vacilando unos momentos. La nave era, en sustancia, muy parecida a la suya, pero las diferencias estaban en los signos indicadores de los distintos controles, grabados, naturalmente en el idioma merionita, del cual Teseo no tenía sino muy escasas nociones. Las letras, además, no pertenecían al alfabeto romano y esto le hacía sentirse terriblemente confuso.

No obstante, procuró manejar la nave del mejor modo posible, utilizando sus conocimientos sobre la materia. Al fin, el aparato reanudó el vuelo, aunque con cierta lentitud, pero sin ningún movimiento lateral que pudiera perjudicar la estabilidad en su interior.

Tranquilo a este respecto y no queriendo arriesgarse más, volvió a la cámara. Llamó con los nudillos y Heryna salió a recibirle.

—Está bien. Ya ha recobrado el conocimiento.

—Me alegro —dijo el joven, el cual, acto seguido, se acarició la mandíbula—. ¿Podrías seguir tú manejando la nave? Para mí es nueva y...

La doncella asintió.

—Entiendo. Ahora mismo iré.

Teseo se echó a un lado para dejar pasar a la muchacha y luego penetró en la cámara. Mavy estaba allí, tendida en la litera, el rostro aún muy pálido, pero dando señales de haberse restablecido.

—Celebro encontraros mejor, majestad —dijo el joven, volviendo de nuevo al tratamiento adecuado.

—Gracias, capitán Gabin. Recibí un golpe en la cabeza al romperse la escalera y perdí el conocimiento. Cuando desperté, me encontré aquí y... Bien, Heryna me ha contado su acción y sé que una vez más he de agradecerle la vida.

Teseo agitó una mano.

—No tiene importancia, majestad —respondió—. Lo desagradable para nosotros es la situación en que nos hallamos.

—¿Quiere explicarse, por favor?

El joven asintió.

—No hay mucho que decir —contestó—, sino que, por mi parte, me siento un fracasado.

Ella frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Pues... la verdad es que había prometido llevaros a la Tierra y hasta ahora no he podido cumplir mi promesa. Y dudo mucho de que pueda cumplirla, sobre todo si tenemos en cuenta las circunstancias en que nos hallamos.

Mavy se incorporó, apoyándose en un codo. Le miró fijamente.

—Para mí es suficiente lo que ha hecho usted, capitán —dijo serenamente—. Ocurra lo que ocurra, a partir de ahora, no podrá

decirse de usted que no puso todos los medios a su alcance para salvarme de las garras de Krânt.

—Sí; pero mi tripulación me traicionó —se lamentó él amargamente.

Los ojos de la joven chispearon.

—¿Le ha traicionado su conciencia, capitán? ¿No? Pues entonces, para usted, esto debe ser lo más importante. Todo lo demás, en cierto modo, es accesorio y circunstancial, y no constituye motivo para que usted se acuse a sí mismo de sucesos en los cuales no ha tenido la menor parte. El gesto de apoderarse de esta nave solamente basta para concederle a usted las mayores calificaciones.

—Su majestad es muy amable conmigo —dijo el joven.

—Me gusta ser leal con quienes son leales conmigo.

—¿Leal, yo? —rió Teseo—. ¡Por Dios! Mi lealtad se debe únicamente a un millón de «garants», señora. Todo lo demás...

Ella movió la cabeza muy lentamente.

—No, capitán —murmuró—; no debe usted tirar piedras a su propio tejado. Cierto es que en un principio obró como un mercenario, atento únicamente a su propio negocio, pero sus posteriores acciones invalidan aquélla.

—Bueno, la verdad es que no iba a dejar que los merionitas la destrozasen a tiros. Cualquiera hubiera hecho lo mismo en mi lugar, ¿no?

Mavy no contestó. Sus ojos estaban clavados fijamente en el rostro del joven quien, sintiéndose repentinamente confundido, bajó la vista.

Teseo carraspeó.

—Ejem... perdón, majestad. Debéis permitirme... supongo que los tripulantes de esta nave serían de carne y hueso como nosotros... y ¡hum!, algo tendrán de comer por ahí... Si me dais vuestro permiso...

El joven inició la retirada, pero se detuvo casi en el acto.

—¡Espere!

Teseo miró a Mavy. La joven echó las piernas fuera de la litera y se puso en pie. Vaciló un instante, pero se recobró muy pronto.

—Eh... las piernas están aún un poco flojas, pero, ¿le molesta que le acompañe, capitán?

—Por supuesto que no, majestad —dijo él, echándose a un lado.

Los dos caminaron juntos. La nave era de tamaño relativamente reducido y sólo tenía un pasillo central, en uno de cuyos extremos se veía la sala de mando, en la cual, vuelta de espaldas y atenta a los controles, se hallaba la doncella. Fueron buscando hasta que, al fin, hallaron una puerta con un rótulo en merionita, de cuya traducción se encargó Mavy.

—Ah —exclamó—, aquí es —y apoyó su mano en el pomo.

Pero antes de abrir volvió sus ojos hacia el rostro de Teseo.

—Capitán, ¿puedo preguntarle qué es lo que piensa hacer?

El joven vaciló.

—Es difícil dar una respuesta a tal pregunta, majestad. No obstante, puedo anticipar que estamos a bordo de una nave de alcance solamente interplanetario y que, por lo tanto, no nos puede servir para llegar a la Tierra.

—Entiendo, pero no me refería a eso.

—¿Queréis explicaros, por favor?

Teseo se dio cuenta de que la joven estaba agitada interiormente, lo cual se delataba en el rápido ascenso y descenso de su seno. Frunció el ceño. «No te hagas ilusiones, mercader», se dijo.

—Me refiero... a lo que hará después, si logra salir de este atasco, una vez se haya resuelto todo.

—Pues... —se rascó la cabeza—, veréis señora... He perdido mi nave, y aunque en la Tierra tengo bastante dinero, no me alcanzaría para comprar otra. Claro está que queda el seguro; pero demostrar la pérdida de la «Cesárea» es algo difícil y el Lloyd pide algo más que palabras. ¿Me habéis entendido?

Ella asintió con leve gesto. Murmuró:

—Si las cosas llegaran a salir bien, no tendría que lamentar la pérdida de su nave, capitán Gabin —y pronunciadas estas palabras, empujó la puerta.

—¡Otra vez ese dichoso féretro! —rezongó para sí, contemplando el sarcófago donde, inmóvil, sumido en el eterno sueño de la muerte, estaba el príncipe Zyld, esposo de Mavy.

Pero no tuvieron mucho tiempo para entregarse a la sorpresa. Casi en el acto oyeron unos rápidos pasos.

Los dos giraron en redondo, enfrentándose con Heryna, cuyo rostro aparecía tan blanco como la nieve.

—¡Los mandos no responden! —exclamó la muchacha.

CAPÍTULO IX

Las palabras de Heryna cayeron como una bomba en el ánimo de los dos jóvenes. Mavy y Teseo se miraron, como pidiéndose consejo, pero sin atreverse a cambiar una sola palabra.

Teseo fue el primero en salir de su estupefacción. Echó a correr hacia la cabina.

Lo primero que hizo fue mirar a través de los ventanales de la misma. El planeta había desaparecido ya casi y la nave se hallaba en pleno espacio, volando a grandísima velocidad, a juzgar por las marcaciones de las agujas indicadoras.

Mavy y su doncella acudieron junto a él. Teseo se volvió hacia la última.

—¿Cuál es el mando de aceleración? —preguntó.

Heryna se lo señaló. El joven puso la mano sobre la palanca correspondiente y la empujó a fondo.

No se sintió nada; la nave continuó en su aparente inmovilidad, aunque claramente se veía que las estrellas iban cambiando de posición con respecto al aparato.

—¿Se habrá averiado la maquinaria? —sugirió Mavy.

Teseo vaciló, recordando una cosa.

—Los merionitas alcanzaron el casco externo con varios disparos —dijo—. Sin embargo, no ha habido perforaciones, pues ya lo habríamos notado. Ahora bien, que esas explosiones no hayan causado algún efecto interno que se nos escapa a nuestra percepción, es cosa que…

El joven no pudo concluir. Bruscamente, la nave se estremeció.

—¡Eh! ¿Qué es esto?

El aparato sufrió otro estremecimiento. Ahora fue mucho más fuerte, tanto que, cogidos por sorpresa, los tres fueron derribados, cayendo al suelo como simples monigotes.

Heryna chilló espantada. Teseo lanzó un juramento.

—¡Cállate!

Se puso en pie con alguna dificultad, notando que la nave volvía a estremecerse. Pero ahora estos movimientos eran más suaves y aunque se repitieron unas cuantas veces, al fin acabaron por cesar.

Pero entonces el joven notó algo completamente nuevo. Su cuerpo empezó a pesarle enormemente y las piernas se le doblaron, incapaces de sostenerle en pie.

Una infinita pesadumbre le agobió todo el cuerpo. Sintió que las mejillas se le deformaban y parecía que los ojos fueran a saltársele de sus órbitas. Una fuerza terrible y misteriosa le aplastó contra el suelo de la cabina.

Junto a él, Mavy y Heryna trataban de respirar, igualmente sofocadas por aquel inesperado acontecimiento que -el joven lo había comprendido de inmediato- no era más que una terrible aceleración de la nave, efectuada en sentido vertical.

La aceleración continuaba. Sus pulmones se movían con dificultad, aspirando apenas el aire suficiente para no morir de asfixia. Las estrellas empezaron a desfilar rápidamente ante sus ojos.

Súbitamente, de modo casi tan rápido como se había presentado, aquel desagradable efecto desapareció. Los tres sintieron un alivio grandísimo al advertir que sus cuerpos se sentían ahora notablemente aligerados, incluso pesando menos que lo normal.

Teseo se puso en pie, ayudando a hacer lo mismo a las dos

muchachas. Mavy le miró inquisitivamente.

—¿Capitán?

El joven no sabía qué responder.

—Pues… —y de pronto se le ocurrió una idea—: Heryna, ¿sabes tú manejar los radares de la nave?

La doncella contestó afirmativamente. Fue hacia el tablero de control y manipuló en unos botones.

Una pantalla de vidrio deslustrado se iluminó al momento. Unos puntitos amarillentos chisporrotearon en ella.

—Me parece que me voy acercando a la verdad —musitó Teseo, observando con atención la pantalla.

Mavy quiso preguntarle lo que sucedía, pero no se atrevió a estorbarle. Teseo, acto seguido, inquirió:

—¿El mando telescópico?

—Al momento —repuso Heryna, y otra pantalla, ésta circular y casi de dos metros de diámetro, situada un poco por encima de sus cabezas, entró en funcionamiento.

Por un instante, pareció que acababa de abrirse una ventana al espacio, tal era la limpidez con que se reflejaban las imágenes en la pantalla telescópica. Luego, la aguda vista de Teseo descubrió media docena de chispitas luminosas cuyas posiciones estelares correspondían exactamente a las que figuraban en el radar.

Sus manos movieron el mando del telescopio, ahora que ya sabía cuál era. Poco a poco, las imágenes fueron agrandándose hasta que sus detalles fueron claramente perceptibles.

—¿Y bien, capitán? —dijo Mavy, con cierto tonillo de impaciencia.

—Un momento, por favor… ¡Bien! —exclamó el joven, al cabo de un minuto de atenta observación—: Ahora ya sé lo que sucede.

Se volvió hacia Mavy, en cuyo rostro aparecía la más angustiosa expectación.

—Majestad —dijo—, lo siento, pero estamos definitivamente atrapados.

—¡No puede ser! —gritó ella.

Teseo movió la cabeza de modo harto significativo.

—Sí. Puede serlo y lo es, majestad. Seis naves de Krânt nos han lanzado sus arpeos electromagnéticos y nos están remolcando hacia Merion. Lo queráis o no, ésa es la más absoluta y amarga de las verdades.

Mavy calló unos momentos, abrumada por la enormidad del desastre que se les había abatido encima. Una lágrima rodó por sus mejillas.

—Por favor, majestad —rogó Teseo—; no es para tanto. Al fin y al cabo, vos tenéis la seguridad de salir con vida de esta aventura. En cambio, yo... —sonrió de mala gana—, siempre he dicho que me desagradaba el olor del éter.

—¿Qué tiene que ver el éter con esto? —preguntó Heryna, muy sorprendida.

Mavy también le miraba con los ojos muy abiertos, como si temiese que el joven se hubiera vuelto loco de repente.

—Quiero decir que me arrancarán el pellejo sin anestesia. El rey Krânt no se querrá privarse del placer de ver a un terrestre rabiando como un perro en manos de sus sicarios.

Mavy dio un paso hacia adelante, impulsivamente.

—¡No lo permitiré! ¡Todavía soy la reina de Debion y no permitiré que se maltrate a uno de mis servidores!

Teseo se inclinó profundamente.

—Un millón de gracias, majestad; pero, si me es permitido decirlo, creo que también a mí me queda un cartucho en reserva.

Ella le miró muy extrañada.

—No le entiendo, capitán.

—Digo —continuó el joven—, que Krânt se lo mirará muy mucho antes de tocarme uno solo de mis cabellos. A menos, naturalmente, que prefiera ver rodar por el suelo la cabeza de su hermana.

Mavy no le entendía.

—¿Cómo? ¿Qué está diciendo usted, capitán?

Teseo se echó a reír.

—Sí, majestad. Krânt y su hermana se aman entrañablemente, cosa lógica como hijos de los mismos padres. Por lo tanto, el rey de Merion no querrá que su preciosa hermanita sufra el menor daño, ¿verdad?

—Está loco, capitán. ¿Dónde va usted a aprisionar a la princesa Reva?

Teseo continuaba con su enigmática actitud, sin que Mavy alcanzara a comprender sus palabras. Hubo unos segundos de tenso silencio y, de pronto, la mano del joven se disparó, atrapando la muñeca de Heryna.

—¡Quieta! —gritó, pero la doncella forcejeaba violentamente, al mismo tiempo que trataba de sacar una pistola destructora del interior de su amplia camisa.

—¡Quieta, te digo! —renegó el joven, esquivando un furioso manotazo. Las afiladas uñas de la muchacha rozaron su cara.

El joven se hartó al fin.

Levantó la mano y golpeó sin consideraciones el rostro de Heryna. Ésta, incapaz de resistir los golpes, se desplomó en el suelo. Entonces, Teseo se inclinó sobre ella y la desarmó.

Se volvió hacia Mavy.

—Ahí tiene a la hermana de Krânt, majestad —dijo—. La princesa Reva, convertida accidentalmente en su doncella Heryna.

Mavy no acababa de dar crédito a lo que sus ojos estaban viendo. Retrocedió un par de pasos, contemplando a la caída, la cual, apoyada sobre un codo, les miraba con infinita expresión de odio.

—¿Có... cómo lo ha sabido, capitán? —tartamudeó.

—Antes de que se me amotinara la tripulación, capté un par de programas televisados de Merion. Que yo sepa, Krânt no ha aparecido nunca en público sin tener a su lado a Reva, su hermana. Esto me extrañó... y luego el hecho de que una simple doncella sepa manejar tan bien una astronave... la verdad, para mí era algo más que una simple coincidencia. ¿No recordáis lo que sucedió cuando entramos en la astronave? Despegó sola al parecer. Ensayé mi hipótesis y resultó verdad, ¿no es así, princesa Reva? —añadió, volviéndose hacia la

supuesta doncella.

Ésta le miró con ojos llameantes.

—Tienes razón, terrestre. Mi hermano te desollará vivo en cuanto te eche el guante.

Teseo se echó a reír. Tenía la pistola en la mano.

—No lo hará. No se atreverá a poner en peligro tu vida.

—Los terrestres presumís de caballeros. Tú no dispararás contra una mujer, capitán Gabin.

—Verás… —dijo el joven, un tanto pensativo—. La caballerosidad, cuando se trata de salvar la vida, suele dejarse de lado. Tienes razón; en la Tierra solemos ser así, y no me gusta haber tenido que recurrir a los golpes para reducirte. Ahora bien, tú te pondrás en comunicación con tu querido hermanito y le dirás que tu vida corre peligro. En el momento que obtengamos de él una nave estelar, dotada de todo lo suficiente para llegar a la Tierra, quedaremos libres.

—¿Y si me niego? —le desafió Reva, poniéndose en pie y arreglándose el desorden de sus ropas.

—Entonces te mataré —dijo fríamente el joven.

—No te atreverás.

—De momento —contestó Teseo, tomándola con fuerza por un brazo —, te voy a encerrar durante veinticuatro horas. Repito que me desagradan estos métodos, pero las vidas de Mavy y mía son tan importantes como la tuya. Durante ese espacio de tiempo —añadió—, estarás a dieta absoluta. Ya sé que no te importa pasar un día entero sin comer ni beber, pero como ya llevas casi otro tanto, la cosa será un poco dura. Y de aquí a Merion, si no me equivoco, quedan lo menos dos semanas de viaje.

Cuando hubo encerrado bajo llave a la muchacha, Teseo volvió junto a Mavy.

—Es la única posibilidad que tenemos de salvarnos, majestad.

—¿Cree usted, capitán, que Krânt accederá al canje?

—Krânt es un monarca absoluto —contestó, meditabundo—. Para los merionitas es un héroe, por supuesto, y su hermana Reva, la falsa

Heryna, es muy valiente al desempeñar durante tanto tiempo el papel de doncella vuestra, obteniendo así valiosos informes que a Krânt le han servido grandemente para triunfar en su guerra de agresión.

—Pero, con toda seguridad, solamente Krânt está enterado del paradero de Reva. Si él persiste en su idea, nadie se enteraría de que ha muerto a nuestras... a sus manos, capitán.

Teseo sonrió.

—Yo me cuidaré de que no sea así, majestad. Dentro de pocos momentos, toda la flota merionita y más adelante todo su ejército y sus ciudadanos, sabrán que tenemos en nuestro poder a la princesa Reva. Krânt tendrá que salvarla, al precio que sea, o de lo contrario habría perdido todo el prestigio que se ha ganado.

—¿De qué manera piensa hacerlo, capitán?

—Ahora mismo lo vais a ver.

Teseo se fue hacia el cuadro de mandos y tanteó en los mismos hasta hallar el que deseaba. Bien pronto se iluminó una pantalla y un rostro enojado apareció en ella.

—¿Qué es lo que deseas de nosotros, terrestre? —preguntó el merionita, cuyas insignias lo delataban como oficial de alguna categoría.

—Solamente una cosa: yo no sé cómo entrar en contacto con el rey Krânt, pero sí lo sabéis vosotros. Por lo tanto, decidle de parte de su majestad la reina Mavy, que Reva es nuestra prisionera y que si no accede a ponernos en libertad a los dos, la mataré.

Las palabras de Teseo fueron secas, tajantes, dichas con un enérgico tono que no incitaba a la duda. Después de pronunciadas, alargó la mano para cortar la comunicación, pero el oficial merionita lanzó un grito:

—¡Aguarda un momento! ¿Cómo sabré yo que lo que dices es verdad? ¿No se tratará de una argucia de la reina para escapar?

—Tienes razón —replicó Teseo—; no había dado en ello. Pero si esperas un minuto, podré dar cumplida respuesta. ¡No cortes, por favor!

El joven dio media vuelta y se retiró del objetivo de la cámara. Mavy

le cortó el paso.

—¿Qué es lo que piensa hacer, capitán?

Teseo sonrió enigmáticamente.

—Demostrarles a estos pajarracos que no me gusta hablar en vano. Aguardadme aquí, señora, por favor.

Fue en busca de Reva, trayéndola poco menos que a viva fuerza. La muchacha se resistía, y Teseo, para obligarla a caminar, le retorció ligeramente el brazo. Reva lanzó un gritito de cólera y luego una sarta de imprecaciones.

—¡Vamos, vamos! —le recriminó el joven suavemente—. Ese lenguaje no está bien en boca de una princesa de sangre real.

—¡Suéltame! —dijo ella, exasperada; pero era inútil oponerse a las fuerzas de Teseo y éste la situó al fin ante el objetivo del televisor.

—¿La ves ahora, merionita?

El joven pudo apreciar claramente el fruncimiento de cejas del individuo, quien tenía sus pupilas fijas en el enojado rostro de la cautiva. Luego dijo:

—Ésa no es Reva, terrestre.

Teseo respingó. Vaciló por unos momentos, pero luego recordó una cosa.

—Ella misma lo ha admitido, ¿no es cierto? —y se volvió hacia su prisionera.

Reva hizo un gesto desdeñoso. Teseo entonces, meditó.

De pronto, una súbita chispa iluminó su mente. Con gesto rápido levantó la mano.

Asió los cabellos de la muchacha con fuerza y tiró de ellos.

Mavy y Reva gritaron a un tiempo. Un segundo más tarde, Teseo tenía en las manos una peluca de color negro, en tanto que una catarata de cabellos del color de oro surgía a la luz, llegando hasta los hombros de la prisionera. El aspecto de ésta variaba totalmente.

Teseo rió satisfecho cuando supo que esta vez sí había dado en el

blanco. El rostro del oficial decía de sobra cuanto sus labios no podían pronunciar.

—Ésta es Reva, merionita —repitió Teseo—; y si su hermano, ese magnífico sinvergüenza no nos suelta, concediéndonos, además, todo lo necesario para volver a la Tierra, la degollaré, tan cierto como me llamo Teseo Gabin. ¡Adiós! —y sin más, cortó definitivamente la comunicación, antes de que el otro pudiera emitir una sola sílaba.

Después llevó nuevamente a Reva a su encierro. En la puerta de la cámara, la muchacha se volvió.

—Capitán —dijo.

Teseo la miró fijamente.

—¿Qué quieres?

—Hacer un trato contigo.

—No admito ninguno que no sea el que tú misma has oído, Reva.

La joven sonrió enigmáticamente.

—Estoy de acuerdo con él, salvo, quizá, algún procedimiento de detalle.

—¿De verdad? ¡Hum! Me parece demasiado fácil para ser cierto.

Ella pateó impaciente el suelo.

—¡Estúpido! Cuando una princesa de Merion da su palabra, la cumple por encima de todo.

—Todavía no me la has dado, Reva.

La muchacha se le acercó, insinuante. Sonrió con los labios entreabiertos.

—¿Es que no lo comprendes, imbécil?

Teseo parpadeó.

—Explícate, por favor.

Los brazos de Reva rodearon su cuello, en tanto que ella ronroneaba como una gata.

—Escúchame —susurró—, sólo quiero una cosa y la quiero ardientemente: ¡cásate conmigo, Teseo Gabin!

—¡Diablos! —respingó el joven, completamente sorprendido por aquel inesperado ataque.

—Cásate conmigo, capitán —continuó ella, en el mismo tono insinuante—. Tendrás todo lo que desees: honores, riquezas, posición social... serás, como mi esposo, el hombre más influyente de Merion, después del rey... ¿y quién sabe si no puedes llegar a ser esto también algún día? Krânt es mayor que yo; lo lógico es, pues, que fallezca antes y entonces, ¿qué cosa más natural que sea su hermana la que le suceda en el trono? El esposo de Reva sería rey consorte y... ¿Es que no te das cuenta de lo que te propongo... Teseo?

El joven se sintió asqueado. Con gesto firme tomó las muñecas de Reva y deshizo el abrazo.

—Contigo y con tu hermano no hay más que una forma de hablar, y ya sabes cuál es.

—¡Maldito! —exclamó—. Despreciarme a mí... a una princesa de sangre real... Te juro que lo pagarás bien caro, Teseo.

—Convendría que no te excitaras, Reva. Si vieras lo fea que te pones cuando te enfadas...

—Estás enamorado de esa avefría de Mavy —gritó—. ¿Y qué crees que haría contigo si lograses salir triunfante? Te arrojaría a un lado como un papel viejo. ¡Eso...!

Teseo no quiso seguir escuchando más; con brusco gesto, empujó a Reva hacia dentro y cerró la puerta, sin hacer caso de los feroces gritos de la muchacha.

CAPÍTULO X

Situadas en hilera, estaban tres personas, frente a otra que aparecía a dos metros de ellas. Esta última era un hombre de casi dos metros de altura, increíblemente robusto y con manos como jamones, capaces de doblar una herradura con la misma sencillez que si se tratase de una cuartilla de papel.

Vestía con poco lujo, pero tenía una cierta prestancia y gallardía, que le hacía reconocer como superior a la mayoría de los hombres en cualquier situación.

Las otras tres personas eran Mavy, Reva y Teseo. El joven sostenía a la princesa por un brazo, en tanto que su pistola estaba firmemente encarada al costado de la muchacha.

Se hallaban solos en la nave. Los cuatro. Así lo había pedido Teseo y Krânt había accedido a ello, pasando de su navío insignia al aparato que el joven había capturado para discutir los detalles de su liberación.

—Eres muy astuto, terrestre —dijo Krânt, sin poder ocultar la admiración que sentía—. Y muy valiente, además. Mi ejército está necesitado de hombres como tú. ¿Por qué no entras a mi servicio? Te concedo el grado de general si lo haces... amén de olvidar todo.

Teseo se inclinó.

—Sois muy amable conmigo, majestad; pero creo que me hacéis un honor innecesario. En realidad, lo único que deseo es regresar a la Tierra.

Una chispa de cólera apareció en los ojos del merionita.

—Te arrepentirás de haber obrado así, capitán Gabin.

—¡Qué se le va a hacer! Por favor, majestad, decidme que accedéis a mis pretensiones. Una nave equipada y la inmunidad. Entonces os devolveré a la princesa.

—No me queda otro remedio que acceder, terrestre. Pero ten en cuenta una cosa: procura no aparecer jamás por mis dominios. Te costaría muy caro si lo hicieras, ¿comprendes?

—Sois muy explícito, majestad —se inclinó Teseo—. Podéis estar seguro de que no me acercaré a Merion en todos los días de mi vida. Y ahora, ¿qué hay de esa nave?

Krânt abrió la boca para hablar. Pero antes de que lo hiciera, Mavy dio un paso hacia adelante.

—¡Un momento! —exclamó la muchacha—. Yo también soy parte interesada en esta transacción. Por lo tanto, tengo derecho a exponer mi opinión, pese a que, hasta ahora, haya estado de acuerdo con todo

cuanto ha dicho el capitán Gabin.

Krânt la miró, frunciendo el ceño.

—¿Qué diablos quieres ahora, Mavy? —dijo.

—Simplemente una cosa muy sencilla: ¿quién nos garantiza que cumplirás tu palabra, Krânt?

—¿Eh? ¿A qué te refieres?

—Te conozco demasiado y sé que no eres hombre de fiar, Krânt —dijo ella imperturbable—. Ahora tú nos proporcionarás la nave que ha de llevarnos de regreso a la Tierra. Muy bien; pero ¿quién nos dice que, una vez que estemos a bordo de ella, no te da la ventolera de ordenar a tus hombres que nos bombardeen hasta destruirnos?

El semblante del merionita enrojeció violentamente.

—No te fías de mí —dijo, en tono acusador.

—Sería una tonta si lo hiciera, Krânt. Vamos, ¿qué decides? —le urgió ella.

El merionita reflexionó. Al fin dijo:

—No se me ocurre nada, excepto darte mi palabra, naturalmente. Puedes marchar tranquila, en la absoluta seguridad de que nadie intentará el menor gesto contra ti. Te extenderé un salvoconducto firmado y con el sello real de Merion y…

—¡Bah! —dijo Mavy despectivamente—. Papeles mojados, Krânt. Necesito algo más que eso.

Krânt apretó los puños.

—Te aprovechas de que eres mujer, Mavy. Un hombre no me insultaría impunemente.

—Piensa como quieras, Krânt —replicó ella, inflexible—; pero no pienso ceder en tanto no hagas tú algo más positivo que hablar y prometer. ¡Vamos, decídete!

Krânt meditó unos instantes.

—Muy bien —dijo al cabo—. Estoy de acuerdo contigo, Mavy… aunque no se me ocurre otra cosa que entregarme yo mismo como

rehén. ¿Te parece bien?

Reva adelantó un paso, pero la mano de Teseo tiró con fuerza de su brazo.

—No, Krânt —gritó la muchacha—; no lo hagas. Estás echando por tierra tu dignidad de rey.

—Debo salvar tu vida, muchacha —dijo Krânt fríamente—. ¿O no lo comprendes?

—Su vida está segura —terció el joven—, en tanto vos no nos hagáis alguna sucia jugada, majestad.

Krânt abrió sus brazos con gesto conciliador.

—¿Sucia jugada? —repitió—. ¿Qué mayor prueba de mi buena fe que entregarme yo mismo?

—De acuerdo —exclamó Teseo—. Y ahora, vamos a fijar los términos del contrato.

—Muy bien —asintió Krânt—. ¿Cuál es tu petición?

—La nave, equipada por completo. Puedes hacer que nos acompañe una de las tuyas, desarmada, para que te traiga de regreso. Te soltaremos en los límites del Sistema Solar y entonces podrás volver libremente a Merion.

—¿Nada más? —preguntó el rey burlonamente.

—Nada más —contestó el joven sin pestañear—. En el momento en que su majestad la reina Mavy y yo estemos, con vos, naturalmente, a bordo de esa nave, Reva quedará libre.

—Perfectamente. Y ahora, si me permites, impartiré las instrucciones necesarias, capitán Teseo —dijo Krânt—. ¿Me permites que lo haga desde aquí?

El joven asintió con un ademán. Krânt, entonces, se fue hacia el tablero de mandos y empezó a hablar.

Reva le miró furiosamente.

—Creo que ahora ya me puedes soltar, ¿no es eso?

Teseo se inclinó.

—Siento lo ocurrido —dijo sencillamente, y la muchacha, con un gesto despectivo, se separó de él un par de pasos.

Transcurrieron unos cuantos minutos. Después, Krânt se retiró del micrófono y volvió el rostro hacia Mavy y Teseo.

—Vuestros deseos —dijo—, están cumplidos.

—Falta una cosa.

Krânt frunció el ceño.

—¿Es que no tienes bastante? —vociferó.

—Me había olvidado de ello, dispensadme. Pero para vos es cosa sencilla de efectuar. Quiero que se me entregue también a la tripulación de mi nave. Quiero ajustar las cuentas a esa pandilla de traidores y…

Teseo se interrumpió bruscamente, lanzando un juramento. Antes de que pudiera evitarlo se vio arrojado al suelo.

Aprovechando una momentánea distracción, Reva había dado un fortísimo empujón a su hermano, lanzándolo contra el joven.

Teseo perdió el equilibrio y cayó. La pistola se le escapó de la mano. Mavy gritó.

Soltando un grito de triunfo, Reva se abalanzó sobre el arma, asiéndola antes de que ninguno de los dos pudiera evitarlo.

—¡Dale fuerte, hermanito! —gritó.

La mandíbula de Teseo crujió e inmediatamente el joven se sintió sumido en un profundo sueño.

Cuando despertó, se halló sentado en un sillón, al lado de Mavy, en tanto que, frente a ellos, Krânt jugueteaba con la pistola, haciéndola saltar en el aire con la mano.

Teseo sacudió la cabeza hasta que se hubieron despejado las brumas que cubrían su cerebro. Luego miró a Krânt, el cual reía enormemente satisfecho.

—Bien, terrestre —dijo el merionita—; parece que las cosas han cambiado, ¿eh?

Teseo no contestó. Aún le dolía la mandíbula, pero más que el dolor físico, sentía en lo más íntimo de su espíritu el engaño de que había sido objeto.

Reva penetró entonces con una copa de vino en la mano que entregó a Krânt.

—Una nave nuestra se dirige hacia aquí con toda urgencia —dijo.

Una de las condiciones impuestas por Teseo para la discusión había sido el total aislamiento del aparato en que se hallaban, cosa que Krânt había cumplido sin objeciones. Pero ahora ya, aunque intentase resistirse, aunque lo lograse, no conseguiría nada positivo, teniendo la amenaza de aquella nave merionita que se dirigía hacia ellos a toda velocidad.

Krânt bebió un largo trago. Chasqueó la lengua, muy satisfecho.

—El vino de Debion ha sido siempre una de mis debilidades —dijo.

—Ahora tendrás todo el que quieras —contestó Mavy despectivamente.

El rey merionita se echó a reír.

—¡Claro que sí! —exclamó—. Y tú me lo servirás siempre que yo te lo pida, ¿verdad? Una esposa amante está siempre dispuesta a agradar a su marido, por supuesto.

Un velo de horror cubrió las facciones de Mavy. Krânt rió insultantemente.

—Siempre dije que la reina de Debion no tenía por qué temerme.

—¡Jamás me casaré contigo! —gritó ella, jadeante, conteniendo difícilmente los impulsos que sentía de arrojarse sobre Krânt y arañarle el rostro.

Éste se volvió hacia Reva.

—¿Qué te parece, hermanita? ¿Te gusta Mavy como cuñada?

La muchacha se encogió de hombros.

—No tengo interés por la identidad de tu futura esposa. Un día u otro has de casarte y… Bueno, ¿qué más da una que otra?

—Celebro mucho tu comprensión, hermanita. Sí, creo que la hermosa Mavy hará una espléndida reina de Merion. Y así, de paso, yo seré rey de Debion. Un viejo sueño hecho realidad, ¿eh?

—Creo que yo tengo algo que decir sobre eso. Y no precisamente en sentido afirmativo.

Hubo un momento de silencio después de aquellas palabras, que no habían sido pronunciadas por ninguno de los presentes.

Reva lanzó un grito agudísimo y retrocedió con los ojos fuera de las órbitas, al mismo tiempo que se llevaba las manos a la boca.

—¡No, no es posible! ¡Tú... tú estás muerto! ¡Yo te he visto en el sarcófago! ¡No eres una persona viva!

Por unos momentos, Teseo creyó estar soñando. Aquello era demasiado inverosímil... y sin embargo era completamente real.

Zyld, el esposo de Mavy, estaba en pie, en la puerta de la cabina, empuñando firmemente una pistola de pavoroso aspecto.

Krânt contempló a Zyld como si viera a un fantasma. Su brazo derecho descendió, falto repentinamente de fuerzas.

En cambio, Mavy permanecía quieta, impertérrita, dejando que una leve sonrisa flotara sobre sus labios. Teseo, al mirarla, lo comprendió todo en un instante.

Pero fue el propio resucitado el que se encargó de aclarar las cosas.

—Krânt —dijo—, voy a acabar contigo y con todos los de tu ralea. Ninguno merecéis vivir y los millones de debionitas que han sido sacrificados a vuestra insana codicia piden venganza.

—No... no... tú estás muerto, Zyld — balbució Krânt, más aturdido que espantado.

Zyld meneó la cabeza.

—Estoy vivo y bien vivo —dijo—. Todo esto no es más que un plan urdido con aquiescencia de mi esposa Mavy. Un falso sueño cataléptico es cosa fácil de ocasionar, sobre todo cuando en el ataúd se deja todo lo preciso para que uno pueda desenvolverse en el momento preciso. Era la forma de llegar a ti sin despertar tus sospechas, Krânt, y sin que ninguno de tus hombres me interfiriera. Por cierto —añadió—

que la ayuda del capitán Gabin me ha sido de inapreciable utilidad. Mavy, recuerda que debemos recompensarle dignamente por todos los trabajos que ha hecho en nuestro favor.

Ahora lo comprendía todo Teseo. Muchas cosas de las que hasta entonces le habían parecido sin explicación posible, la tenían ahora con la sola aparición de Zyld en la cabina.

—No merecéis vivir ninguno de los dos —dijo fríamente éste—. Lo lógico, lo justo y lo legal sería entregaros a un tribunal que os juzgase con todas las garantías precisas, pero millones de personas han muerto por vosotros, por vuestra ciega ambición de gloria y poderío, sin saber siquiera por qué morían, sin poder explicarse qué motivos había habido para desencadenar una guerra de agresión que no había sido causada precisamente por los debionitas. Debería entregaros a la Liga para que os juzgase como vulgares criminales… pero estoy seguro de que pasaría el tiempo y acabarían por liberarles. ¡Y han muerto demasiados seres por vuestra culpa para que ninguno de los dos merezcáis vivir! ¡A muerte, pues! —terminó Zyld con un gran grito que atronó la cabina.

Al mismo tiempo levantó su mano armada y apuntó con la pistola hacia Krânt.

En el último instante, el merionita recordó que también tenía un arma, con la cual había estado vigilando a sus prisioneros. Lanzó un aullido feroz y adelantó el brazo armado.

Mavy chilló horrorizada al ver lo que iba a suceder. Teseo también lo previó y, con fulgurante movimiento, se arrojó sobre ella, lanzándola al suelo. En el mismo instante, un trueno espantoso sacudió la cabina.

Las dos pistolas habían disparado simultáneamente y sus respectivos proyectiles encontraron los blancos deseados. Algo que chorreaba y estaba caliente cayó sobre el rostro de Teseo.

El joven se arriesgó a levantar la cabeza y el espectáculo que presenció le revolvió el estómago. Mavy abrió los ojos y al ver aquello volvió a cerrarlos. Pero era porque se había desmayado.

El joven se apresuró a tomarla en brazos, sacándola de aquel lugar lleno de sangre por todas partes. Desde la puerta, un agudísimo alarido golpeó sus tímpanos. El grito se convirtió en una risa histérica, espasmódica, propia de una persona que pierde súbitamente la razón.

* * *

Jufi estaba contento, muy contento. De nuevo tenía a los terrestres como clientes. Esto iba bien para sus negocios. Los terrestres eran espléndidos y no se quejaban por «garants» de más en la cuenta. Y además, ¡eran tan alegres!

Todos los miembros de la dotación de la «Cesárea» estaban de nuevo en la taberna de Jufi. Y además, había más, muchos más terrestres. Ahora que Debion estaba siendo reconstruido, surgiendo una nueva ciudad de entre las ruinas, el comercio con la Tierra se había intensificado enormemente. Teseo y los suyos ya habían hecho una docena de viajes, obteniendo grandes ganancias. Los debionitas tenían el «garant» fácil y ahora que la paz había vuelto a aquel rincón de la Galaxia, nadie sentía el menor temor.

—¡Jufi, más vino! —gritó «Hércules» Lynche.

El tabernero acudió con un garrafón.

—Obsequio de la casa al más valiente de los capitanes de astronave —dijo.

Teseo sonrió discretamente. Jufi conocía las hazañas que había realizado para salvar a la reina y quería atraerse su benevolencia.

—Gracias —murmuró ensoñadoramente. ¿Qué hacía Mavy en aquellos momentos? Hacía más de un año que no la había visto y...

La voz de su segundo cortó sus cogitaciones.

—¡Estuvo buena, capitán! —dijo McQueen—. Sí, muy buena. Fue una magnífica idea la suya el fingir una sublevación. Tragaron el anzuelo y...

Teseo no contestó. Sabía que algunos de los miembros de la dotación habían obrado de buena fe, creyendo realmente en el motín, pero él no había querido descubrirlos como traidores. Bastante vergüenza sentirían ahora al darse cuenta de que todo había sido una ficción para el mejor desarrollo de sus planes. De los planes de un agente secreto de la Liga como era él. Pero esto no debía saberlo nunca nadie, ni aun el mejor de sus tripulantes. Además, ahora que todo había pasado, había renunciado al cargo que había aceptado de forma accidental. No le gustaba estar sujeto a un empleo; prefería la libertad de actuar a su gusto... y comerciar por el espacio era lo que más le satisfacía.

Alguien entonó una canción y todos le siguieron. El estruendo de las

voces llenó la taberna. Jufi sonreía satisfecho. Sí, decididamente, los terrestres eran buenas personas. Dignos, incluso, de ser debionitas.

—¡Más vino, pronto! —pidió a su esposa, la cual estaba a su lado, ayudándole a servir—. La música seca las gargantas, ¿entiendes?

De pronto, un hombre de uniforme penetró en la taberna. Quedó a dos pasos del umbral y recorrió con la vista el interior del local. Al fin, encontrando a la persona que buscaba, avanzó.

—¿Capitán Teseo Gabin? —preguntó.

El joven le miró, extrañado.

—Yo mismo —dijo.

—Coronel Duahr, de la escolta de su majestad. Capitán, tengo el encargo de llevaros directamente a palacio. La reina os quiere ver.

Teseo se puso en pie, procurando contener los latidos de su corazón.

Movió la cabeza afirmativamente.

—Muy bien —repuso—. Vamos.

McQueen dio un codazo al hombre que tenía a su lado y que resultó ser Kleber. Éste le correspondió con un guiño de complicidad.

Teseo salió a la calle. Todavía se notaban las ruinas de la devastación, pero el afán de reconstruirlo todo era evidente. Pronto la capital de Debion volvería a tener el aspecto de antes.

El coronel Duahr le dejó solo en una estancia. El joven permaneció allí unos momentos, tratando de disimular su agitación.

Una puerta se abrió silenciosamente. Mavy penetró, clavando sus magníficos ojos en el rostro del joven.

Teseo se inclinó.

—¡Majestad!

Ella le alargó ambas manos a un tiempo.

—Capitán, estoy muy enojada contigo.

Teseo vaciló, sin atreverse a tomar las manos que se le ofrecían.

—¿Enojada, señora?

Mavy sonrió, asintiendo con un parpadeo que volvió turulato al joven.

—Sí. ¿Te he hecho algo para que en las diez o doce veces que has estado en Debion no se te haya ocurrido siquiera venir a verme? ¿En qué te he ofendido, capitán?

—Señora, yo…

Ella se le acercó más, cogiéndole de las manos.

—Teseo, vas a ser mi esposo —dijo.

—¡Majestad!

—Llámame Mavy. A partir de ahora tienes que acostumbrarte a ello.

—Pero… pero…

Ella sonrió, moviendo suavemente la cabeza.

—Teseo, tú me quieres y yo te… Eres un hombre bueno, justo y valiente, digno de compartir mi vida para siempre. No me digas que no ahora; me moriría. He estado esperando mucho tiempo, pensando en que un día u otro vendrías a buscarme. No lo has hecho y, en cambio, he tenido que ser yo la que te llamara. ¿Ha sido ésta una llamada en vano?

El joven ya no pudo resistir más. Se rindió.

—No —dijo con voz muy baja—, no ha sido una llamada en vano, Mavy.

FIN

¡EXTRAÑA!

¡VIOLENTA!

¡OBSESIONANTE!

¡MISTERIOSA!

¡TRÁGICA!

¡ESPELUZNANTE!

era…

LAW SPACE, cuyos alucinantes relatos siempre estremecen al lector, ha conseguido llegar a la cima de la emoción con la novela que se publicará la próxima semana, titulada



Escena de la película LOS PUENTES DE TOKO-RI, de Paramount

Pictures